

Las Fronteras de la Propiedad Intelectual

8238-1340-0



2 813409

Walter Hernández Madriz

Las fronteras de la propiedad intelectual
Ensayos Pedagógicos
Edición especial 2

Editado por la División de Educología de
la Universidad Nacional

Dirección de edición
Ana Rodríguez Allen

Diseño de cubierta y diagramación
Adriana Kohkemper Gutiérrez

Información y suscripciones: 277-3361
Teléfono: (506) 277-3368 / 277-3361
Fax: (506) 277-3368
Correo electrónico: xpacheco@una.ac.cr

Las opiniones expresadas en esta publicación
son responsabilidad exclusiva de su autor.

346.048 Hernández Madriz, Walter
H557f Las fronteras de la propiedad
intelectual. - Walter Hernández Madriz. - 1.
ed. - Heredia, C.R. : División de Educología
de la Universidad Nacional, 2002.
135 p. ; 23 cm. - (Ensayos Pedagógicos,
edición especial, 2)

ISBN 9968-882-02-X

1. Propiedad intelectual.
2. Bioética.
3. Genoma humano.
4. Basura.
5. Agua.
6. Derechos humanos.

Presentación

Signos de signos

Para dejar, en cierto modo, a los que vengan después (si es que antes no llega el Anticristo), signos de signos, sobre los que pueda ejercerse la plegaria del desciframiento.

Umberto Eco

Una lectura responsable

Ante la mirada de un lector atento, el mundo resulta un inmenso pergamino que debe leerse desde una postura responsable. Un libro que invita a una lectura basada en la capacidad de observar,



de perder la inocencia ante lo que se nos presenta como natural; que incita a una lectura concebida como una *acción íntima, integral, que involucra la razón y los sentimientos.*

Tal es la posición que se defiende en *Las fronteras de la propiedad intelectual*, tres ensayos pedagógicos que abordan asuntos tan actuales como la propiedad intelectual, el uso del agua, la existencia de la basura como problema social y el genoma humano.

En el centro de esta propuesta existe una posición ética explícita -una bioética, dirá el propio ensayista- que determina la forma de los ensayos. Efectivamente, cada uno de los temas enumerados recibe una aproximación independiente, por lo que cada ensayo puede entenderse en sí mismo pero, a la vez, la presencia de una toma de partido y la actitud de denuncia permiten anudar entre sí con claridad los asuntos tratados:

Al igual que el aire, que también está en peligro, el agua nos pertenecía a todos. Así lo planteó la vida. ¿Quién es capaz de arrogarse la propiedad intelectual del agua o de cualquier otro elemento? Desde mi punto de vista, la propiedad intelectual es la lectura que los hombres de una región determinada van haciendo de su entorno, de sus recursos. De esa lectura nace el conocimiento, la capacidad de poder mantenerse con vida y hacer posible que la especie prosiga (...) El usufructo de la propiedad intelectual del agua y del aire es planetaria, mineral, vegetal, insectiva y finalmente humana.

En concordancia con esta visión globalizante, que enhebra elementos del mundo cultural y natural que aparecen alejados ante el observador corriente, el ensayista se define solidariamente como parte de un conglomerado social. Esta actitud lo lleva también a adoptar un tono beligerante y exhortativo:

Hablamos de una realidad desvencijada; no se trata de que seamos antidemocráticos en el sentido enfermizo en que lo entienden los detentores del poder, ni que seamos revoltosos o revolucionarios: estamos pegando el grito al cielo porque el suelo, que somos nosotros, está sordo y sus protuberancias, que son los gobernantes, más sordas todavía.

De esta forma, el texto completo del ensayista debe convertirse para los lectores en otro texto que los invita, no solo al desciframiento de sí mismo, sino también a la acción. El lector es impelido a enfrentarse al mundo en un esfuerzo por entender cada uno de los signos de la realidad y engazarlos entre sí para que se conviertan en una inmensa frase que devele sus sentidos más profundos. Al hacerlo, debe recordar, como el ensayista, que descifrar es, además, un gesto de poder: podemos leer o ser leídos, hay quienes se hurtan de la mirada de los demás y quienes debilitan su identidad al exponerla impunemente.

Semiótica, etimologías y metáforas

Para realizar su lectura política del entorno social y natural, el ensayista acude tanto a la semiótica como a la etimología, ciencias que le permiten hurgar en los enigmas del conjunto de signos que nos posibilitan comprender y modelar los datos de la realidad de que formamos parte.

Los asuntos que desarrolla el libro se abordan entonces desde dos ángulos: por lo que representan en relación con la identidad y como objetos semióticos. En el polémico apartado acerca de la propiedad intelectual y los recursos, el ensayista acude a la etimología para cuestionar el concepto que sobre este tema manejan los dueños del poder económico y para sustentar la relación entre propiedad, identidad e independencia.

El problema de la basura recibe una aproximación más cercana a la semiótica. Constituye una suma de signos que hablan de las aspiraciones de los grupos humanos, de las clases sociales, los comportamientos y los hábitos de consumo, porque *un examen riguroso y detenido de la basura nos dirá, con mucha certeza, quiénes somos (...)*. Estos significados, a su vez, se convierten en signos, y el fenómeno puede ser interpretado en su totalidad: la basura es el producto de la sociedad del desperdicio. Como indica el ensayista: *la basura es capaz de relatarnos, nos delata, es capaz de*

contarnos acerca de la hechura y sustentos de nuestra idiosincracia por medio del parámetro "consumo".

Por otro lado, el juego libre del pensamiento en relación con ambas disciplinas, la etimología y la semiótica, recuerda las metáforas del pensamiento antiguo acerca del mundo como un libro. Para el pensador medieval, ya lo sabemos, la naturaleza era un libro inmenso e inspirador, escrito por la mano de Dios. Este concepto pasa al Renacimiento, como indica Curtius en *Literatura latina y Edad Media Europea*. Por ejemplo, para Montaigne, el mundo es el libro en que nos leemos y conocemos (*Essais*, I, xxxvi). No sorprende entonces que las páginas que hoy comentamos resulten *ensayos pedagógicos* en el sentido de que al volvernos sensibles ante el mensaje de la naturaleza, nos guían al conocimiento de nosotros mismos.

Lo demás es silencio.

Para los antiguos, para los místicos y los escritores, las letras tienen fuerza y, a veces, sus significados ocultan un misterio intimidante. Tal vez el secreto a voces que leemos en el libro de la naturaleza y sobre el cual vuelven estos ensayos sea el de la expulsión del Paraíso.

El mito repite como el conocimiento, lo que nos distingue, es al mismo tiempo la causa de la pérdida de felicidad original. *Las fronteras de la propiedad intelectual* insiste en varias ocasiones sobre este tema, ya sea mencionándolo

directamente o rememorando el ayer y la infancia. Es como si ante el fin de la Utopía del progreso que el texto lamenta, recordara una Arcadia desaparecida.

El ensayo acerca del genoma humano es tal vez el que mejor ilustra esta actitud ética que acude a los grandes mitos y a la noción del mundo como creación profanada para unir su reclamo, ya no a las voces, sino a los gritos de la naturaleza. Pues no se trata en este caso de la semiosis infinita tan pregonada en otros ensayos. Lo que hay en la profundidad del texto quemado y roto de la naturaleza no es otro misterio que se ofrece a nuevas interpretaciones. Lo que existe es un abismo, un silencio amenazador, la nada, la muerte en fin, que la humanidad ha venido alimentando en su ceguera.

Flora Ovares
Universidad Nacional

Escribir un ensayo a propósito de propiedad intelectual, desde un punto de vista filológico-filosófico, no es usual en nuestros días, precisamente porque los ciudadanos, generalmente, tratan de enfocar ese tipo de temáticas desde una perspectiva más bien del Derecho, lo cual es totalmente certero. Sin embargo, me he propuesto tratarlo como ya se ha dicho, porque, creo, desprende más luz pudiendo ayudar a vislumbrar este problema fascinante.

Semiótica -o Semiología- es la ciencia que estudia todo sistema de signos. Por lo general, olvidamos la proveniencia de los términos o vocablos que tratamos, y es muy conveniente llegar hasta las últimas consecuencias etimológicas de los mismos porque nos conducen a la raíz de su creación, a sus orígenes. Y no es desconocido que en el lenguaje se encuentran muchas respuestas que podríamos intentar buscar en otras fuentes

más distantes y, por lo tanto, menos precisas. Ya Sir Bertrand Russell nos lo hacía ver en el primer capítulo de su tratado de lógica, *El conocimiento humano*, llamándolo, precisamente, *El lenguaje*. En cualquier de las ciencias aplicadas, para cumplir con una necesidad metodológica, es imperativo fundamentar el tipo de lenguaje que ha de utilizarse, su codificación: sin ésta es imposible obtener un marco contextual sobre el que podamos desplazarnos lógicamente en el seno de las investigaciones, sea que partamos de una hipótesis como principio de un análisis, como, también, en el desarrollo de los procedimientos para llegar -como enseña la teoría del conocimiento, la Epistemología- a teorizar o a imponer científicamente una ley. El lenguaje ha de ayudarnos aun cuando partamos de lo empírico.

Empecemos, pues, por desentrañar detenidamente la palabra *propiedad*. (Es curioso que en Gramática se entienda por *propiedad* el significado exacto que tienen las palabras).

En cualquier diccionario popular, como el Quillet, podemos encontrarnos que el concepto de *propiedad* es el *Derecho de gozar y disponer una cosa en pleno "dominio", con exclusión del ajeno arbitrio y de reclamar la devolución de ella si está en poder de otro*.

Dominio procede del latín *dominus* > *domnum* > dueño, señor (el más viejo), de donde deriva, también, *don*, título de señor, y que,

semánticamente, tiene el significado de cualidad o atributo; que, por razones históricas, el *señor* es quien *domina*, y que el correspondiente femenino latino *domina* (señora) se transformó, vulgarmente, en *domna* > *doña*. Ejemplo literal es *señor feudal*, entonces, sinónimo de propietario del feudo: el *dueño*, el *dominador*. Son términos procedentes de *domo*, hogar; de ahí que, dentro de la jerarquía casera, el mayordomo sea el que posee el puesto más alto dentro de la casa del señor. Otros derivados son, también, los términos domicilio y doméstico. Y domar: sujetar, hacer dócil, reprimir. *El señor domestica, reprime.*

Aparte, propiedad es atributo o cualidad de una persona o de una cosa, como cuando decimos: *Ella es propietaria de su inventiva.*

Etimológicamente, *propiedad* procede del vocablo latino *proprietas*, y éste de *proprius*, propio (de uno). *Propio*, a su vez, descende de *propior*, donde *pro-* es un prefijo que significa *en favor de* o *antes*, y *prior* significa *el primero*, predecesor, anterior, el último pasado; así, *propior*, finalmente, es *el que se halla más cerca*. Propio es igual a exclusivo, individual, peculiar, característico, esencial, específico. Es *propio*, es dueño de la imagen que en el cine equivaldría al primer plano: ocupa toda la pantalla, pero lo único que deja ver es su cercanía, no su interioridad si se lo propone. De ahí que muchos países llamados poderosos, se abren, venden lo accesorio pero guardan sus

secretos, sus tesoros, su ahorro, sus *recursos*. Gastan los ajenos cuanto les es posible, sí egoístamente -en guerra siempre si es necesario-, sobreestando; pero, su permanencia es política, no honestamente real ni dueños de su alimento: roban. De manera que, *a grosso modo* y abstractamente hablando, un país y sus recursos (semióticamente, sus signos: flora y fauna, mares, tierra y bosques, espacio, aire, seres humanos, etc.) son propiedad de sus habitantes y éstos poseen derecho sobre ellos. Son derechohabientes. Poseen un derecho de tenencia y per-tenencia. *Per-*, más allá, del tener, del haber, porque a través de la *lectura* de esos signos podemos, incluso, encontrar una metafísica, un ser esencial: propia cultura (auto in-formación): religión -de religar, reunir- en cuyo culto se aman los signos que sostienen al ser con vida. De allí que se hace absolutamente necesario defender y regular esa territorialidad. La interpretación de los signos en su interrelación frasean sentido: son señales que han de revelar, si se hace correctamente, cuidado o descuido, advertencia acerca del estado de las cosas, del *status* de los recursos asentados en esa territorialidad específica que es, por ejemplo, en nuestro caso limitado, el país y, más extensamente, la región centroamericana o el continente como un todo geográfico, económico y político.

En el campo de la supervivencia, esa lectura nos puede hablar de la riqueza o de la pobreza en

donde nos hallamos sumidos, para, desde allí, elaborar el trabajo de los porqués, revertir la etiología de lo negativo y construir la plataforma de la substancia positiva. De hecho, la infraestructura en donde descansa el diario discurrir de los pueblos, es el fundamento de toda filosofía, de toda política, y de la conformación de la identidad de los seres y sus costumbres.

Los grandes cambios, las altas cimas en donde el hombre, a través de su prolongada historia occidental, ha descubierto su entorno planetario, tiene que ver, en mi entender, con la aparición del pensamiento, del *homo sapiens*, tal y como lo percibiera Teilhard de Chardin en *El fenómeno humano*: esa espejiza chispa que alumbró tanto el entorno como el interior del ser, abriéndole tantas posibilidades a su desarrollo, pero, también, enviándolo a la concavidad del miedo, al binario enfrentamiento inmisericorde con el mundo y la conciencia.

En Derecho, entendemos que la *nuda propiedad* es el derecho de dominio sobre la cosa, pero no sobre sus productos; por ello, es un atributo del dominio, considerado separadamente y en contraposición al *usufructo*. Para la presente ponencia, *nuda* es desnuda, descubierta; es decir, la cosa en sí sin atributos o cualidades, sin el usufructo, la esencia sin subproductos, sin vestido, desvestida: diremos, a propósito, que una casa sirve para ser habitada sin la valoración secundaria

de si es grande o pequeña, lujosa o miserable, o si renta esto o lo otro.

Estas figuras legales hemos de tenerlas muy en cuenta porque pudieran ser aplicadas, perfectamente, a la propiedad intelectual que nos ocupa.

El segundo término que nos interesa es *intelectual*, adjetivo derivado de inteligencia, palabra que surge del latín *intelligentia* que, a su vez, proviene de INTER-LEGERE, donde *inter* es una preposición que, dependiendo del modo, significa *en medio de, entre, durante*; de manera que denota reciprocidad o confidencialidad. Por su parte, *legere*, desciende del verbo latino *lego, legi, lectum*, reunir, recoger, escoger, llevarse, y, sobre todo, *recorrer con la mirada*, esto es LEER. Así, inteligencia trata de una *lectura interna*, es estar enterado, instruido, integrado, del y con el entorno. Enterado y entero son derivados de *integrum* > *íntegro*, es decir, lo que forma un todo unitario: el habitante y su circunscripción lo son. Inteligencia es la lectura íntima, integral, que involucra a la razón y a los sentimientos. El afuera que nos rodea inmediatamente, nuestra territorialidad, es la textura, el texto sígnico que vamos dilucidando a través de la lectura sentimental y racional, deparándonos nuestra visión del mundo, el ámbito espacio-temporal de nuestra identidad y nuestras querencias propias y que, por lo tanto, debemos defender.

Nuestra inteligencia, en el sentido que nos atañe, se mantendrá mientras poseamos confidencialidad, reciprocidad; éstas alcanzan su máxima expresión cuando se da entre dos entes; en este caso, entre nosotros y el mundo inmediato circundante y, en segundo grado, entre nosotros mismos, cada cual con cada cual para no degenerar esa sapiencia natural. De aquí que vender excesivamente nuestros recursos es exponernos y, al hacerlo, caemos en la trampa de la *lectura* de los *otros*, sobre todo cuando esos otros son inescrupulosos: seremos *letidos* nosotros: los habitantes y lo que con nosotros cohabita: los signos de nuestro nombre, los signos de nuestro alimento y salud, lo que nos mantiene identificados. Cuanto más nos vendemos, estaremos más repartidos, disueltos y dispersos y menos compactos, más conocidos y, cada vez con menos secretos que ostentar: no es una posición de egoísmo, menos de etnocentrismo o xenofobia - como podría pensar un abierto a todo-; estamos hablando de *información no divulgada*, de la pequeña arma de que disponen los países pequeños, del ahorro, la *botija*, en nuestro caso, de la casona ambiental, la concentración de los valores que nos ha de dar vida, mantenimiento e integridad, continuidad de familia, y no tirar la casa, el país, por la ventana.

Es interesante pensar, en este punto, en los *integrados* electrónicos (*esquemas de trazados de*

circuitos integrados), cuya magnificencia es su capacidad de leer al sistema binario (sistema que, por lo demás, se encuentra ya desarrollado en el libro más antiguo de la China: el *I Ching*), la sencillez de un código que interrelaciona al 0 y al 1, y que pagamos tan caro como tecnología: mito imperial. Un lenguaje simple jamás semejante al que posee un palo de guayaba y su ADN, o la *manzanilla*, la cual nuestras abuelas sabían que curaba el dolor de estómago y que, hoy, los obtentores vegetales, robando su ADN, nos venden fármacos a precios altísimos a partir de ella, para el mismo efecto. De ahí que nuestros recursos harán posible que cambiemos, algún día -ojalá así no sea- un vaso de agua por una PC o cualquier basura tecnológica: que el agua nunca lo será a no ser que la contaminemos, ni el maíz ni su maicero, pues que es necesario entender que hoy existen países ricos en tecnología y dinero pero carentes de recursos.

En cada gota de agua reside el microchip agua; ella, cientos de millones de veces, nos adelanta en tecnología y humildad.

Entonces, a través de su historia, con sus penas, vicisitudes y logros, un pueblo, por estar *más cerca* (que *otros*), en contacto con su tierra y sus recursos -naturales y humanos-, integrado con su patria, su rededor, por lógica y experiencia, por empirismo o ciencia -medios todos conducentes a la sabiduría-, por su trato natural, biunívoco y vital, finalmente

resulta ejerciendo una lectura de todo lo que forma parte de ese rededor que es, exactamente, la fuente de su supervivencia y el estrato de su historia, aprendiendo de ese ámbito (el *continente*) y su contenido, y sabiendo -por cualquier medio: cultura particular- qué significan, para qué sirven y qué función tienen esos *signos* en el proceso existencial del hombre de ese preciso lugar (relación de emisores-receptores: de comunicación); por supuesto, sin dejar a un lado la posibilidad de que contengan beneficios para el hombre universal. ¡Claro! Es un problema de *telecomunicación*, donde *tele* (tellus, telluris) aquí es -raíz latina- *tierra* y el resto, su comunidad. De forma que, durante la historia de un pueblo, éste ha *recogido* y *lleva* con él -*ha leído*- el código de su patrimonio, del matrimonio con *su* naturaleza: su autenticidad (*auto*, él mismo, propio), lo ha discriminado *nombrándolo*, *signándolo*, y no puede permitir que esa autenticidad, su propiedad -leída o por leerse- le sea sustraída gratuitamente sin ser (de alguna manera: canje, dinero, reconocimiento, etc.) remunerado, porque procede de un largo y arduo trabajo de sus ancestros y contemporáneos que han traído (tradición, del latín *tradere* > traer) hasta hoy a Natura, dándole, hasta donde han podido, un difícil mantenimiento, sostenibilidad que llaman ahora, que no es sino el cuidado de la vida, y que merece ser *re-com-pensado*, merece que le sea devuelto su esfuerzo intelectual, su

pensamiento, su lectura particular y específica, el peso de su valor, su *responsabilidad*, su *res-pública*, la cosa pública, del pueblo. Eso sería, de lograrse, amplificar la democracia. Así, la propiedad intelectual debe ser abrigada y respetada por la democracia internacional bien entendida.

En la naturaleza encontramos los sistemas que nosotros interleemos por ser nuestra propiedad, nuestro *documento*, y con ella y con aquellos vivimos. La destrucción de nuestros recursos (riquezas) se debe a una pésima lectura de esos signos que conduce al saqueo, al robo, a su muerte. Esos sistemas, tales el bosque tropical o el domo térmico del Pacífico en Costa Rica, por ejemplo, grandes hábitats de especies vivientes cuyas interrelaciones constituyen su complejidad, están desprotegidos, sin poder ser defendidos por sus propietarios por ignorancia de su valor vital, absorbidos, muchas veces, por lo pecuniario y, también, por falta de elementos materiales de seguridad frente a los depredadores y su vandalismo interno y externo: ejemplificando lo anterior, podemos imaginar a un grupo de pescadores nuestros dedicados al camarón; dependiendo de su forma de obtenerlo tendremos la certeza de si agrede o no otras especies que conviven con aquellos: si ellos utilizan dinamita - hipotéticamente- destruirían otras especies que - aunque en ese momento para ellos no tengan valor comercial, porque el mercado sólo les compra

camarones- sí sirven al ciclo biológico que se da en ese lugar determinado; lo que quiere decir que, primero, existe un imperativo mercantil y, segundo, desconocimiento de la forma de pescar e ignorancia acerca de la bioutilidad cíclica de las otras especies que, en el proceso, los pescadores exterminaron; por otro lado, los depredadores extranjeros que poseen inmensas plataformas pesqueras que utilizan aspiradoras marinas donde realmente absorben todo lo que aparezca sin discriminación alguna, destruyen -en un porcentaje mucho más aterrador- el hábitat y sus interrelaciones. No es que no haya costarricenses que hayan leído esos signos, intelegiblemente, descodificados a través de nuestra experiencia histórica para reconocerlos y respetarlos con un aprovechamiento razonable, sino que se requiere que esas personas entendidas tengan los instrumentos y el apoyo gubernamental para poder enseñar a aquellos pescadores cómo deben obtener su presa. Por otro lado, dentro del materialismo ideológico que el mundo capitalista concibe, es más fácil, para un conciudadano alienado, tomar dinero *efectivo* y, ojalá en dólares, vender su finca rural o su terreno de playa, emigrar, según una percepción deformada, para adquirir, comprar, en alguna ciudad, *bienestar*, comodidad, *status social*, abandonando y regalando su mismidad, su territorialidad, su identidad telúrica, sin jamás medir las consecuencias de la venta a futuro

enceguecido por lo inmediato. Esa inteligencia es la que los *otros* -generalmente compradores extranjeros de nuestra tierra-, extraños, no ven ni respetan precisamente por no haber elaborado un lectura local -y que, si la hubieren hecho, no les interesa sino su propio bienestar reducido y divorciado del resto del entorno-; además, por no existir una legislación reguladora al respecto que es la que, realmente, debe impulsarse a través de los parlamentos, de los proyectos de ley de propiedad intelectual, para bien, incluso y por supuesto, del planeta, de los *otros* que, finalmente, se han de beneficiar y no sólo Costa Rica como individuo.

Podemos, sí, compartir la propiedad intelectual, pero con condiciones y estatutos que estipulen su defensa, permanencia y crecimiento, permitiendo aprovecharlos con cuidado y criterio de *lector*. Así las cosas, desde el punto de vista de la fitogenética, por ejemplo, una semilla, sus genes, su ADN, es nuestra *Nuda Propiedad* por territorialidad: *otro*, sea científico o no, lugareño o foráneo, puede generar *usufructo* (uso del fruto) a partir de ella con el debido permiso, pudiendo patentar un determinado procedimiento y su subproducto, pero, evidentemente, reparándonos el préstamo de la matriz (ente o esencia) o, en términos kantianos, del *noúmeno*, el cual ha de pertenecer a uno de los sistemas de los que somos propietarios políticos; de modo que aquel que realice una transformación, invente o cree algo a

partir de allí, lo que haría sería variar el vestido, la apariencia, es decir, *fenomenizar* esa matriz, nuestra materia prima, hasta el punto de aparecer totalmente otra cosa, envolviéndola, recubriéndola. No es posible, por ejemplo, que una compañía multinacional nos venda un *fenómeno* a un precio excesivo siendo, en realidad, nosotros dueños, señores o, mejor, los *representantes autorizados* de la esencia cubierta, de la *Nuda* -por territorialidad- y que a través de ella alguien genere otra nueva forma de usufructo, un nuevo *recubrimiento*, sin que la rentabilidad de ese nuevo proceso se comparta entre aquel y nosotros a través de un contrato directo para su propósito. De no existir lo contractual, en derechos de autor, sea literatura o discografía, esa figura pasaría a ser un plagio, puesto que lo que se ha hecho es sólo variar lo fenoménico, dejando intacto lo esencial. En esos casos, los convertidores nos ven cara de tontos e ingenuos y nos dan gato por liebre, engañándonos y dejándonos engañar.

Todo lo arriba apuntado, enfocado, más bien, hacia los recursos de un todo, un pueblo, es perfectamente aplicable para un cerebro y sus habitantes, las neuronas; a la creación que emerja auténtica desde un individuo y su sensibilidad y esfuerzo.

Realmente, todo lo que hacemos es descubrir, *leer*; luego, inventar no es más que revestir o crear un nuevo lenguaje de lectura, codificar. En el caso

de trabajar con elementos provenientes de sistemas distintos, y armar algo nuevo, crear, es reorganizar. Por tanto, para lucrar comercialmente con lo ajeno, debe ser reglamentario pagarle al *dueño* de los recursos, esto quiere decir, pagarle al que goza y dispone de una cosa en su *dominio*, porque, como explicaremos en el ensayo siguiente, en estricta realidad, nadie es poseedor del título de propiedad de lo esencial, lo que hemos llamado la *Nuda*, lo que está cubierto, distinguible por su *vestido* o apariencia, pudiendo este último ser transformado. Y aún más fino, cuando es variada la esencia, como en el caso de la manipulación genética.

¿Tenemos acaso idea, entonces, de a cuánto asciende el valor de nuestra diversidad de vida en todos sus niveles, de la biodiversidad, mineral, vegetal, animal, etcétera: materia esencial inconmesurable capaz de cambiar el mundo, para bien o para mal, según sea el color de la conciencia de los transformadores, generalmente imbuidos de ambiciosa deshumanidad materialista? La advertencia es que nadie -individuo o grupo o empresa comercial- debería ejercer su *ajeno arbitrio* en una *cosa*, metamorfoseándola para su beneficio, si la misma se encuentra exclusivamente en nuestro *dominio*, si pertenece a nuestro testamento hereditario ambiental y político y al cual le hemos dado sostenibilidad a través de los tiempos.

Al proceder a legislar sobre esta materia, se

deben tomar múltiples cuidados para no dejar olvidado lo que sea de importancia relevante para el país que asuma esa tarea, requiriendo de entrega, estudio, dedicación, responsabilidad, conocimiento, buena voluntad y amor a la vida.

La Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI), con sede en Ginebra, a través de los ADPIC en la Ronda de Uruguay, desde 1994, ha querido que los países que no estén a derecho en este tipo de propiedad, lo hagan en determinado lapso de tiempo y haciendo las recomendaciones que tal órgano ha creído convenientes.

Deben ser puestas *al día* leyes tales como Derechos de Autor y Derechos Conexos, Marcas y Otros Signos Distintivos, Patentes de Invención, Dibujos, Modelos de Utilidad, Modelos Industriales, La Información No Divulgada; y algunas otras que han sido dispensadas para ser vistas más adelante por su novedad y complejidad técnica, así la Ley de Esquemas de Trazado de Circuitos Integrados, sobre Semillas y de los Obtentores Vegetales. En estas últimas entra en juego la transgénesis y la biogenética, con el afán de obtener, a través de procedimientos científicos, semillas y especies de plantas cuyas características se varían con algún propósito agroquímico o comercial específicos.

A pesar de, y precisamente, por la globalización, en la cual los mercados

internacionales se han abierto en los cuatro puntos cardinales, y con el asedio de los países más desarrollados, los países pequeños sienten el ímpetu de su poder cuando se les pide efectuar, lo antes posible, las correcciones necesarias a sus legislaciones para estar *acordes* con las resoluciones tomadas en los diversos foros internacionales al respecto.

Se montan listas especiales de los países que no están a derecho, y se observa en ellas que esos países corresponden a los más desposeídos en materia tecnológica y de desarrollo industrial y científico. Se hace evidente, entonces, que la intención de los países *grandes* es mantener un mercado que bombardee a los menores y en donde éstos deben autocastigarse, imponiendo en sus legislaciones penas fuertes a los que delinquen con productos de propiedad intelectual, sobre todo, de importación. En muchos de los países desarrollados se ha llegado a tal nivel de proteccionismo que se hace imposible, incluso, sacar una fotocopia aunque esa sea para fines didácticos. Quizás, en esos países, eso sea posible y no vaya en detrimento de la población debido al nivel económico alcanzado, y porque, durante muchos años de su historia, han podido obtener riqueza de ellos mismos por ser países geográficamente grandes o porque las condiciones históricas así se los han permitido, amén de lo que han podido obtener de los países periféricos, por lo general indefensos. Lo

que sí es totalmente cierto hoy en día, es que las políticas de expansión siguen rigiendo desde muchos puntos de vista antes insospechados: uno de ellos, y de los más importantes, es la propiedad intelectual. Debemos de conocerla para poder no sólo defendernos ante lo que nos quiera ser impuesto o extraído, para poder comercializar lo que tenemos, en lid clara y equilibrada. Y no ser, nuevamente, colonizados comercialmente a partir de nuestra propia, auténtica propiedad intelectual, haciéndonos creer que ella es enteramente metafísica y no real como exactamente acontece y discurre perteneciéndonos.

Imaginemos, por otro lado, un país pequeño, con poca o nada de producción intelectual en cualquiera de sus campos: si ese país, siguiendo los lineamientos de la OMPI, autolegisla sin permitirse, por su estado de indefensión, una apertura que abra las puertas al mundo de la información, sufrirá una limitación que no le permitirá crecer aunque sea en una pequeña proporción, por no tener acceso a lo que en el mundo se desarrolla.

En Costa Rica, hemos avanzado en las peticiones que se nos han hecho. Incluso, están aprobados los Procedimientos de las Normas de Observancia, texto legal que norma administrativa, civil y penalmente las leyes de propiedad intelectual hasta ahora aprobadas. Tuvimos el cuidado de insertar una moción que agregara un

artículo al Capítulo V, precisamente el de las penas (las cuales, cuando las faltas fueran genéricas, se sancionaran con pena de uno a tres años y, cuando lo fueran agravadas, de uno a cuatro.), que pusiera especial énfasis en que cuando el acto cometido, por su *carácter de insignificancia*, no lesionara al autor, al titular del derecho o a sus representantes autorizados, no hubiese sanción. Esta salvedad tiene grandes consecuencias positivas si se la observa desde el punto de vista humano. Pero como desde el legal no existe la figura de la insignificancia, debía justificarse de una manera razonable para que pudiese ser aceptada como un elemento que, a la par del criterio de proporcionalidad, la voluntad del legislador le diera al juez más material para interpretar un acto cometido por un supuesto infractor.

Ese *carácter de insignificancia* tiene gran trascendencia política, económica y cultural. Aunque aparezca como una frase disminuida, posee un gran significado no desde el punto de vista material, sí desde el espiritual-creativo. Si los estados pequeños se cercenan ese mínimo, no se permitirían esa importante -aunque minúscula- abertura por la que penetraría el soplo de los aires del mundo *civilizado*. Si un país, además de su debilidad económica -por carecer de producción científica y tecnológica- no abre hacia el resto del mundo un boquete que le asegure husmear las corrientes de pensamiento, los lineamientos

tecnológicos, las innovaciones científicas, no tendría siquiera esperanza de que su pueblo, al no tener acceso a la comunicación, intente, algún día, iniciar algún proceso de crecimiento en esos campos, los cuales, como bien lo sabemos, son los que hoy prevalecen en los mercados abiertos de la globalización, con la consecuente inoperancia de ese país como exportador importante, con un bajo PIB y, por lo tanto, continuará en el pozo de la pobreza y el subdesarrollo, aunque esta última aseveración -de cuño ajeno- sólo sea válida precisamente para esos países que dícense ricos y desarrollados, aún cuando sean los máximos consumidores de lo inocuo y ensuciadores superlativos de la esfera terráquea, y lo que es más grave, sus gobernantes sabiéndolo sin hacer nada al respecto ni por autoestima ni por simple consideración humana.

De esta manera, es importantísimo el que este *carácter de insignificancia* se imprima en la ley. Esto significa que cualquier ciudadano poseerá el derecho, libremente, de la tenencia de todo producto que contenga información, tenga o no titularidad, en un nivel restringido pero válido. Alguien, por ejemplo, que queme un CD para regalarlo a un amigo, no incurriría, por supuesto, en delito; favorece la distribución de la propiedad intelectual contenida en ese soporte enriqueciendo el inventario de información del amigo, el cual, quizás, de otro modo, no hubiese tenido la

posibilidad de hacerlo, por ser, digamos, en este ejemplo, ese CD de muy baja circulación en nuestro mercado, pero cuyo contenido le facilitará a esa persona aumentar su bagaje cultural y emprender, desde allí, su propio proyecto cultural y, ya auténtico, producir desde su país propiedad intelectual con denominación de origen, abriéndole a su comunidad y a su país, una fuente de ingresos que antes no tenía. Para la compañía nacional o extranjera que produjo aquel CD, en realidad, en frontera, esto ha de constituir una insignificancia, una pequeñez, una nadería, porque aunque sean tres o cinco los CDs, el juez debe juzgarlos como triviales o insubstanciales a la par de quien, con otro carácter como el fin de lucro, importare quinientos *jeans* de manera fraudulenta por la marca, el origen, algún signo distintivo o cualquiera otra característica que afecte la calidad del producto y, por tanto, lesione al titular del derecho, al autor o a los representantes autorizados.

Para sustentar esa moción, es imprescindible traer a colación el artículo 27 de la *Declaración de los Derechos Humanos* que, en su primer párrafo, afirma: "Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten". De lo que se trata es de que el espíritu

que envuelve al artículo precedente, felizmente concebido, no se quede aletargado en el texto de la Declaración, sino que sea sustentado por leyes que en la praxis resuelvan por el beneplácito, el beneficio y el progreso en libertad de cada uno de los seres humanos que habitamos el único planeta que nos contiene a todos, ricos y pobres, sobre su plataforma terrestre.

La solidez de los países altamente tecnologizados no ha de impedirles la solidaridad con los que carecen de ese bien, porque estos últimos poseen otros bienes y, en cualquier momento de la historia contemporánea, podrían ser los que den luz y sustento a las preguntas que urge sean respondidas y que aquella tecnología y aquella ciencia, frente a esas preguntas, se sientan totalmente inútiles en su respuesta. Porque ya la respuesta no está necesariamente en boca de los gurúes de la economía o la ciencia blanca, sino, muy seguramente, en la otra clase de recursos que subsisten por mano tradicional, bajo el respaldo de un conocimiento guiado por la fuerza de lo autóctono y natural. Desgraciadamente, esos recursos que por allá fueron brutalmente lacerados, y que en algunas regiones aún hoy, por aquí, se mantienen por un respeto ancestral, nos lo quieren también usurpar cuando ellos, con todo y su poder, no los reconocieron sino cuando era demasiado tarde y la ambición los había cegado casi para siempre.

Hoy, la información de tipo visual o escrita no es tan importante que se derrame sobre el mundo. Su injerencia es peligrosa o benigna a nivel de la conciencia o de la salud mental. Apela a la conciencia o a la inteligencia, es propiedad intelectual globalizada, popularizada, entre comillas; es señal de que los derechos de autor y conexos han perdido vitalidad aunque hayan ganado presencia. Nos propone el disfrute sedentario aunque la información se desplace por la carretera web a velocidades cada vez más vertiginosas. Internet interconecta el mundo: la información que allí se almacena es, cuantitativamente, cada día más densa, porque dudamos que cualitativamente posea más del cincuenta por ciento de utilidad; pero sí es cegadora: esto es, exactamente, lo que ellos necesitan que nosotros hagamos: sumirnos, meternos, abstraernos, alienarnos, enajenarnos, haciéndonos creer que estamos *al tanto*, al día, en la *jugada*, y posiblemente sea cierto en ese nivel, pero lo que sí es valioso -para siempre- son los recursos no tecnológicos, los naturales, los biológicos, la ecología, la biodiversidad en todas sus manifestaciones. Para la tercera parte de la población mundial es más urgente un vaso de agua que poseer una computadora con Windows 2000. La sed de conocimiento que la última pueda ayudar a saciar, no sirve para quitar la sed biológica. La sed del cuerpo no satisfecha, conduce

a la muerte, y desde esta frontera no se puede jugar al conocimiento de ningún tipo. Podemos fácilmente inferir que de las prolongadas tuberías de los circuitos integrados no brota agua, ni se asienta allí tierra fértil en donde una minúscula florecilla haga su aparición sorpresiva y sobre ella una oscura golondrina anuncie alegremente la lluvia por venir.

La destrucción del globo sigue su curso, y nosotros todos, con él.

Desde la propiedad intelectual puede salvarse el planeta, no acusándonos de piratería (no olvidar quiénes acuñaron el término y le dieron vigencia política y económica) debido a tales o cuales mercaderías, productos o materiales que los pueblos pobres puedan *robar*, pero que, en última instancia, no son indispensables -lo que es menos importante-, sino por la acusación, de nuestra parte, de su transformada, permanente piratería para con nuestros recursos vitales, los que sí son en extremo necesarios e indispensables y que debemos reclamar y defender a los cuatrocientos vientos.

Para terminar, y volviendo a la Semiótica, creemos justo afirmar que los signos conforman, por decirlo así, y para su clara comprensión, simplificada, un alfabeto: si éste está completo, las posibilidades de ligamento, de conexión, según las leyes que rijan el sistema, se amplifican multiplicándose. Su lexicología, luego su sintaxis y coordinación, se hacen más ricas y, por

lo tanto, su poder de comunicación puede reflejar mejor el pensamiento, la idiosincracia y la cultura que envuelve y alimenta nuestra realidad inmediata. De semejante forma, la signografía de un país tropical entremares como el nuestro es casi inconmensurable. Su sistema de fauna y flora, su biodiversidad, es igual a una lengua compleja que permite construir grandes *oraciones*, inmensos proyectos y construcciones gramaticales, grandes obras. Podemos hablar, desde luego, de una lingüística de la biodiversidad, de una gramática de la vida, ese particular discurso que expone dónde vivimos y qué somos.

La ausencia de uno solo de los signos de un sistema como el expuesto, llegaría a empobrecer, de una forma grosera, la totalidad del discurso, no pudiendo nosotros ya discurrir, diacrónicamente, de igual manera que cuando se contaba con el signo desaparecido, extinto. A través de esa ruptura o falla se volatizará parte de nuestra alma, del espíritu del ser que habitamos, llegando a encontrarnos, cada vez, con menos voz, menos opinión, menos presencia. Primeramente, tartamudearemos y, en cuanto la cadena de destrucción sígnica continúe, aportará inevitablemente un final, quedando impronunciados, y su remedio, por más ciencia y tecnología que ostentemos, tardará, con muchísima suerte, millones de años para que se dé una especie de autocuración que, por supuesto,

elaborará un mundo muy distinto.

Para su figuración, imaginemos que el signo *b* constituye el grupo de los insectos: si construimos grandes ciudades, grandes conglomerados de edificios, sin estudios previos de su impacto ambiental, sin apartar para ese grupo su territorialidad, la que evidentemente forma parte del gran ciclo biológico, los insectos irán mermando: el signo *b* irá, paralelamente, borrándose, desluciéndose. Si los insectos desaparecieran en su totalidad, no podremos, correlativamente, decir *bueno* o *bebé*: sin ese signo los sintagmas se cercenan y sonarán a *ueno* y a *eé*, respectivamente. La fuente de comunicación, de producción lingüística ha sufrido un severo traspié: la semiótica nos hace ver, clara y simplemente, por analogía, el duro golpe sufrido por la naturaleza.

Imaginemos, después, que la *m* encierra el grupo de las aves y que la *a*, nuestro signo más importante por su presencia abrumadora, represente el recurso *agua*. Cuando aquellas desaparezcan y el agua no corra, no podremos encontrar el lexema *mamá*: la muerte regirá en nuestros huesos; las generaciones habrán cesado, las madres no existirán para parir, no habrá especie que perpetuar; el planeta lucirá vacío, inhabitado, inhabitable.

Alguien, el Hombre depredador, que confeccionó, orondo -con ayuda de la deforestación, el egoísmo, la vanidad y la

contaminación-, los signos borradores de la escritura, y que, tampoco -en su largo y desvelado recorrido-, supo aprender a *leer* el documento del Mundo, poco a poco (primero, lentamente; luego, a exorbitante velocidad) incineró el extenso y rico Libro de la Historia.

I

Siento hoy una necesidad vital de hablar sobre el agua, de hurgar en ella; tanto como me es necesario sentirla, beberla ojalá fresca y cristalina y hasta verla correr por cualquier riachuelo o río, revivir el placer de contemplarla moviéndose más o menos uniformemente en esa gran masa que es el mar, o cayendo sobre mí en una de esas tardes lluviosas de invierno o produciendo ese ruido tan de ella sobre los techos, o penetrándola a través del movimiento corporal en una de las cada vez menos piscinas que sobreviven en nuestro país porque no sólo es más oneroso gastar agua, sino más difícil. El agua, al igual que los otros elementos que participan intrínsecamente en el mantenimiento de la vida, escasean y, por lo tanto, su obtención en cantidad y pureza, nos es, con el tiempo, menos asequible.

Hablaré de sus enemigos. Dichosamente, son varias las personas en Costa Rica, y muchas en el

mundo, que han continuado llamando la atención de los demás habitantes del planeta, de cuál es el estado en que se encuentran los elementos más importantes para la vida: el agua y, por supuesto, el aire (vehículo del oxígeno) y, en general, los recursos naturales por ellos promovidos. Hemos sido nosotros quienes hemos logrado que los estados de esos elementos sean cuales son hoy y que se diferencien bastante del que tenían hace apenas unas cuantas décadas. El aire -según el Programa de Estudios de Calidad del Aire de la Universidad Nacional- en San José de Costa Rica contiene 160 microgramos de dióxido de azufre por m³, tres veces más de lo que es aceptable según la OMS, gracias a la importación desmesurada de automóviles, la mayoría en mal estado.

Desde el punto de vista cultural occidental, y tomando en cuenta las premisas del concepto de propiedad intelectual que expusimos en el trabajo anterior (*La propiedad intelectual y la semiótica de los recursos*), podríamos decir que quien tiene esa propiedad sobre los elementos que conforman la vida (primordialmente, los mismos que abordaron los filósofos presocráticos: agua, aire, fuego y tierra)¹, sería quien produjo, su creador, o como se dijo alguna vez: *el arquitecto de la vida*. Esta sería

¹ Sabemos hoy que existe un quinto elemento que es el germoplasma. Acerca del genoma hablaremos en el siguiente ensayo.

una posición teológico-creacionista; en tal caso, el dios hebreo, el cristiano o cualquiera de sus denominaciones. Para un musulmán ha de ser Alá; para un hinduista, Brahma; y así, según los convencionalismos teocráticos que cada civilización o conglomerado social -como los aborígenes americanos o de otros continentes- ha elaborado desde su lectura regional, desde su geografía de la percepción subjetiva en su espacio particular y exclusivo. Para los efectos de este estudio, no interesa la identificación del hacedor sino arrancar de *lo hecho, (que) hecho está*. Porque, también, desde el punto de vista de la Física, y si sostenemos la visión del origen del Universo como el resultado en constante cambio a partir de la Gran Explosión (Big Bang), su manifestación, la cual, en su expulsión desde un centro de densidad infinita hacia afuera, semeja la dispersión de chispas de una bombeta en el aire cuyas partículas van enfriándose en el proceso, y que en un punto determinado espacio-temporal, según temperatura y condiciones muy especiales, afloró la vida, igualmente podríamos afirmar, si esta teoría fuese cierta -no importa si cualquiera otra-, que los elementos que en este momento universal preciso proponen la vida, son el resultado creativo, sea o no por accidente, de ese proceso universal y que -aclaramos que lo dicho es hipotético y tiene una función pedagógica-, en consecuencia, la propiedad intelectual de ellos, por *creación*, le

pertenece a él y solo a él, excluyendo en su totalidad a cualquiera de los seres vivos capaces de crear registrados por la historia, quienes, más bien, axiomáticamente, también son propiedad física y metafísica, de ese proceso desencadenante.

Lo anterior está dicho con el afán de dejar asentado que la propiedad intelectual se puede dar, entre los seres humanos -imitando el proceso universal-, siempre y cuando alguien cree o invente. Toda creación o invención humanas caen dentro de la posibilidad de figurar como propiedad intelectual de un sujeto creador o inventor.

Por el contrario, todo descubrimiento queda excluido de la capacidad de generar propiedad intelectual para alguien, puesto que lo descubierto ya estaba allí, sea en el mundo micro, como en la biomasa, o en el macro, en el interior o exterior del planeta Tierra; sea en cualquier punto del tremendamente inmenso espacio sideral que algunos superhombres ambiciosos creen colonizar algún día si les queda historia para lograrlo.

El concepto de propiedad intelectual propuesto aquí es más universal y trascendente que el comercial o del mundo económico; es la lectura del entorno que el ser viviente hace de él porque es su papiro cercano, inmediato, y, por tanto, su mejor conocedor: ese tipo de propiedad *intelectual* solo a él le pertenece porque es su tradición, su referencia, su sustento; ese ser es el vehículo por el cual tales cosas, tales bacterias y vegetales, tales

animales, tales elementos y etcéteras, llegaron hasta hoy por su cuidado, por el respeto a la vida, por el conocimiento cíclico -y dialéctico- de los múltiples reinos naturales. Su *lectura* no implica sólo ver, como diría el pensador Chardin, sino escribir, crear, con esos signos que su ámbito le enseñó como en una escuela natural, donde los límites son sus progenitores, los pájaros, los gusanos, el agua, el aire y todo lo que le rodea, como en una gran reunión donde todos se ponen de acuerdo para informarle: esa es la propiedad intelectual natural, que se diferencia de la que se quiere imponer artificialmente por un invento o una creación de un modelo de utilidad, por ejemplo. Esta última es de un rango más bajo, pero de espíritu colonizador, comercial. El propietario intelectual del entorno vital, que no debe confundirse con el dueño de las cosas o de las esencias, sí es su representante más autorizado, puesto que es el que más sabe de su rededor y de su contenido diferenciado y particularmente homogéneo; también debe ser su óptimo defensor, porque sabe que defendiéndolo se defiende a sí mismo. Por lo tanto, en el lenguaje habitual decimos que es *dueño*, pero, por supuesto, y para ponernos de acuerdo, dueño sólo de su usufructo, por haber sabido mantenerlo en el tiempo.

Como consecuencia, ni el aire ni el agua ni el fuego (luz) ni la tierra, como ejemplos, pueden ser patentados por nadie. Si se quiere, pertenecen a

todos, aunque su propiedad sea de nadie; o, más bien, podemos decir que los seres humanos y demás especies somos usufructuantes de esos bienes, poseemos su usufructo, aunque nunca sepamos quién es el dueño de su *nuda* propiedad, que, en el primer caso expuesto, sería un dios creador o varios, y en el segundo, el proceso universal, o ambos a la vez. Lo cierto es que disfrutamos de esa herencia vital -al igual que nuestra inserción en la dimensionalidad que nos atrapa y nos hace posibles-, sin siquiera poder pretender ser sus dueños, así sea que discrepemos en el qué, o quién, es el sujeto dador de la herencia, puesto que su identidad está fuera de nuestro alcance racional que es polivalente y no único y que nuestra radiación subjetiva no logra abrazar su entera objetividad. Pero que sí, como usufructuantes, nos hallamos inscritos en su escritura, en su megatexto. En fin, los elementos y todo lo que de ellos se desprende, aunque estemos desacostumbrados a oír esta clase de sentencia, tienen, al igual que la propiedad privada, una función social constante. Los individuos como dueños de propiedad tienen un título pasajero, siempre temporales por su tránsito. La función social de lo elemental siempre va a ser permanente ineludiblemente. La dialéctica de la propiedad en el Derecho está recogida en la historia; la cercanía de los elementos, que es *prior* (lo que está más cerca), es propiedad inasible y ahistórica pero

destruible. Coadyuvar a su destrucción es un delito contra todos los seres existentes, y todos tenemos derecho a castigar a quien cometa ese delito. Una persona o una empresa que ensucie el agua o disminuya la pureza del oxígeno del aire, nos resta su usufructo, el bienestar de beberla o respirarlo; y puede su ejercicio llegar a tales niveles de contaminación que signifique no sólo suicidio individual sino homicidio colectivo. Quien crea no hacer nada, pasa a engrosar las hordas de los criminales *pasivos*. Porque la mansión planetaria, de la cual tenemos el tácito derecho de usufructo como inquilinos que somos de ella, no nos da derecho de destruirla, aunque tengamos parientes que sí lo hagan: por ahora, y por razón de supervivencia, los seres pensantes tenemos la obligación de legislar a favor de ella, puesto que, de no ser así, nos aplicaría la figura del desahucio, expulsados a la *calle* de la inanición.

La propiedad intelectual, entonces, debe ser tratada, totalmente, con los mismos regímenes del Derecho de la propiedad.

Cuando los hombres fueron organizándose en clanes, en células poblacionales, en su adaptación al medio nació la propiedad -que es una lectura, una percepción espacial singular de donde nos hallamos instalados- que involucra al elemento tierra; la que, políticamente, fue siendo dividida diacrónicamente, y por acuerdos y desacuerdos entre los diferentes grupos, nacieron las fronteras y

luego las parcelas de tierra distribuidas dentro de esas fronteras -siempre temporales-, con exclusiva repartición cuantitativa, puesto que la misma fue derivada, precisamente, desde los grupos de poder, originándose la terratenencia; de modo que, quien ocupaba un terreno, por su cercanía con ella, pasó a ser su *dueño*. Ello no invalida el que hayamos dicho que la tierra no puede ser patentada: puede ser invadida, detentada o explotada por muchas razones, pero la tierra como elemento no pertenece a nadie terrestre, así sea laico o secular, cuerdo o loco.

Los científicos pueden estudiar el agua a través de instrumentos que vean más que nuestros ojos (como el microscopio), y pueden señalarnos infinidad de detalles de ella, su estructura molecular, por ejemplo; pero, por ello jamás tendrán derecho sobre ella: esto es, descubren; no crean ni inventan nada. Lo único que podría llamarse invento y, por tanto, digno de patentarse, sería el instrumento -si es que lo crearon para tal efecto- por el cual vieron lo ya existente. Estaríamos enfrente de una lectura del agua distinta a la que habíamos estado acostumbrados por nuestra naturaleza, que, en último caso, podría conducirlos por ello a un premio Nóbel, nunca a poder patentar el substrato que estaba allí que, por real, les permitió ver, leer, lo que ese contenía. Si proponen un código especial para esa lectura, sí podrían patentar ese código o el procedimiento por

el cual llegaron a esa lectura del elemento, nunca el agua misma.

Podemos decir lo mismo para el mundo de la biogenética. El procedimiento, el camino por el cual alguien pueda llegar a ubicar un gene, o determinar su función, puede ser patentado, no su esencia; y esos caminos pueden ser tantos como tantos se lo propongan y lo consigan. Igualmente, su aplicación médica demostrando que ejerce un cambio para bien donde se hiciera su sometimiento, por ejemplo, en un órgano dañado, puede obtener grado de propiedad intelectual. Intentar clonar -reproducir a partir de- seres animales y hasta seres humanos es muy discutible, porque las consecuencias biológicas y de desequilibrio vital pueden ser hasta terribles o monstruosas, porque estamos invadiendo una nuda propiedad de la que no poseemos su título: el desconocimiento y apropiación de lo indebido, generalmente, produce torpeza, ambicioso desequilibrio. De modo que es necesaria una bioética. Indiscutible. Y que su puesta en vigencia sea avalada por la OMPI con carácter humanista más que comercial, y llegue pronto a la legislación de todos los países del orbe, no porque, necesariamente, en su mayoría, por su falta de tecnología, puedan poner a caminar determinadas prácticas genéticas, sino porque, en cualquier momento, pueden ser víctimas esos países de su uso por organizaciones mundiales, privadas o no,

en ese campo y que, en contubernio con sus gobernantes, sean permitidas, burlando las legislaciones de sus países de origen donde, quizás, la bioética sí haya sido articulada en sus dimensiones primordialmente humanas.

El detalle que adelante será expuesto acerca del problema de la basura en el nuestro y en los diversos países del mundo, tiene, por finalidad, apuntar desde este ensayo, que la propiedad intelectual de los individuos y empresas de los países poderosos económicamente, por su fuerte irradiación comercial, en definitiva puede tener, fundamentalmente, dos incidencias en esos países a los cuales llega; una benévola y otra desastrosa.

La benévola está sustentada en la capacidad del país de absorber productos cuya conformación, sea funcional o cognoscitiva, impulsen un aumento en la calidad de información que pueda ser *leída* por sus habitantes, haciéndolos partícipes de lo que pasa en el mundo, y que, a partir de ahí, les permita despegar su propio vuelo creativo, el cual, a fin de cuentas, ha de ser un instrumento que les ayude a salir del subdesarrollo y la pobreza, puesto que aquellos representarían elementos de educación indirectos pero detectables y aprovechables, dependiendo de la atención e interés que sus ciudadanos depositen en esos valores. Es aquí donde surge la importancia capital del *Principio de Insignificancia*, materializado en el artículo 70 de la Ley de Observancia, texto legal que norma

administrativa, civil y penalmente las leyes de Propiedad Intelectual dentro del ámbito legal costarricense y que significa una hermosísima defensa a los principios constitucionales nuestros que ratifican el artículo 27 de la *Declaración de los Derechos Humanos*. Una exposición detallada de este Principio de Insignificancia -y del desarrollo del concepto de *propiedad intelectual*- se encuentra en el ensayo aludido anteriormente, elaborado cuando aún nos encontrábamos en franca lucha con los grupos de presión y en contra de las mentes cerradas que no ven los beneficios que ese principio abre a los países desvalidos para poder saltar económicamente a un costo sumamente bajo, y que no pone en peligro, de ninguna manera, la titularidad de los derechos, a los autores o representantes autorizados de los países de origen.

La segunda incidencia, que es la que básicamente hemos de tratar aquí, se refiere a los productos con propiedad intelectual importada y que adquiere un carácter nefasto para los países *pobres* importadores.

Los productores estrella, líderes, denigran cuando su producción protegida invade los espacios terrestres latinoamericanos, en particular, o los patios tercermundistas generalizadamente, a través de importaciones cuya calidad productiva enviada es tan de bajo rango que incide en la vida cualitativa de sus habitantes -por la meta comercial-, generando retroceso y pobreza, cuando

podría ser enteramente distinto si así se lo propusieran. Sencillamente, porque existe un trato comercial despectivo con respecto de ellos impidiendo su desarrollo y su crecimiento. Este mismo contrato es el que ha permitido a países exportadores de otras latitudes, o longitudes, cargarnos de productos muy baratos, aunque de baja calidad, que hacen posible que nuestros países sientan tener capacidad de compra, con la consecuente competencia comercial para otros países productores del área. No obtenemos un desarrollo paralelo, lo que provoca una meridiana diferencia de mercados, impidiendo que el mundo comercial gire con equidad por irrespeto a su polaridad. Hacen posible que creamos tener poder de adquisición, pero a un costo ambiental muy alto -lo más grave de todo: sin pizca de amor por lo que los alimenta: el planeta: la vida-, uno de los aspectos intrínsecos de la temática por tratar en adelante. Esa política comercial de los países poderosos de nuestro continente para con los pequeños, es arma de doble filo para ellos, puesto que, al mismo tiempo, está favoreciendo otras finanzas con todo lo que ello pueda acarrear en ese tipo de futuro por venir. Ir adelante no significa ganar la carrera: los que vienen atrás no se toparán con ese futuro futurista, virtualmente enhebrado con los hilos del desconsuelo mundial. El consuelo viene atrás porque ellos -sin saberlo- lo tienen postrado allí ahora; pero, en realidad, nosotros -los

retrasados, los retrazados, los integrales- somos quienes no tenemos prisa, y ese no tener prisa -a pesar de todos nuestros errores- es la clave real de la sobrevivencia. Es el verdadero y único devenir con el *paso* del tiempo.

II

Ahora, podemos volver al elemento agua. Posteriormente, al tema de la basura ampliamente desarrollado por muchos autores de muchos países, pero que es necesario seguir tocando incansablemente para abrir la conciencia de todos los ciudadanos, estudiosos y políticos.

El 27 de marzo del 2002, en el periódico *La Nación*, Francisco Dall`Anese se refiere, en su artículo "El agua en el futuro del país", a una serie de experiencias que en su niñez compartió con otros niños en total contacto con el líquido preciado, como el hacer hidrocanales en los patios con puentes de paletas de helado donde hacíamos -lo hice también- pasar los carrillos de juguete, y las *guerras de agua* que se suscitaban en tiempo de colegiales. Recordando San Pedro de Poás de Alajuela -con el afán de hablar de un lugar alejado del área metropolitana-, decía cómo, actualmente,

se nota la disminución en los caudales en cauces y ríos comparados con los que vio en su infancia, amén de la suciedad que muestran debido a la proliferación de basura de todo tipo que cada día los ciudadanos van depositando en sus torrentes cada vez más lentos, espesos, sin vida y cuyo olor se va volviendo inevitablemente nauseabundo, destruida ella, mancillado el aire, afincando enfermedades diversas.

Es cierto, también, que si una persona era avara o tacaña, se decía de ella que *no regalaba ni un vaso de agua*, a sabiendas de que nadie imaginaba que el líquido que realmente abundaba, y limpio, iba a racionarse algún día, dándose el colmo de tener que comprar agua en botellas plásticas a un precio elevado en los supermercados -¡hasta de importación!!- por temor a consumir agua en mal estado, aunque muchas de las personas que las compran lo hacen casi por *snobismo* o enajenación, al igual que tomarse una coca-cola o comprar un *jean* de marca, con signo distintivo.

Siendo Costa Rica un país privilegiado hídricamente, rodeado por dos grandes mares y con una plataforma marítima bastante más grande que su plataforma terrestre, la cual, ocupando el 0.03% de la mundial, contiene el 5% de la biodiversidad del planeta (algún día fue el 7%); poseedora de grandes recursos como el atún, oro, gas natural (realmente el petróleo no nos debe interesar, pues que su uso es acelerar la muerte

biodiversificada), y con una posición geográfica -a nivel de mapamundi- envidiable por estratégica: Centroamérica como istmo, como cordón umbilical que une el sur y el norte, y Costa Rica como ombligo natural, tránsito de muchas especies, corredor biológico; con todo eso, y mucho más, está en seriesísimos problemas en su hábitat, su ecología y el mantenimiento de esos recursos por preponderante estulticia, amplísima negligencia y un porcentaje superextrapolado de institucionalización de la corrupción y del cultivo de la irresponsabilidad.

A uno no lo queda más que caer en las anteriores conclusiones. Nuestro pueblo ha compartido, toda su historia, con la generosidad del agua, a pesar de que, hace cuarenta años en el área metropolitana, los carros de bomberos y los tanques municipales tenían que hacerse presentes en las comunidades para repartir agua potable que la gente recogía en baldes, ollas o cualquier otro recipiente, primero, porque las cañerías no cubrían todo el territorio nacional y era normal que el agua faltara y, segundo, porque casi toda ella, en las casas y comercios, se almacenaba en estañones de metal que originaban, siempre, problemas por antihigiene; la consecuencia era que los niños de entonces padecían grandes dolores de estómago debido a la presencia de amebas en el líquido, y era común verlos, también, infestados con la famosa *solitaria* y otros parásitos inconvenientes para la

salud. Ciertamente, aún no hacían su aparición contundente los plásticos, los cuales, más higiénicos que el metal y su herrumbre, inaugurarían la era de la polimerocontaminación, biodegradable a miles de años plazo.

Queda claro, así, que los costarricenses hemos disfrutado durante muchos años del agua natural, y nuestros ancestros supieron localizar cuáles podrían ser las fuentes de agua que, por su ubicación geográfica, serían las que abastecerían las poblaciones existentes y que empezaban a ser cada vez más densas; sin embargo, creo que ellos en muchos aspectos fueron previsores, solo que jamás creyeron que se diera la irresponsabilidad de muchas empresas privadas que atentan contra las fuentes ni que la explosión demográfica se les viniera encima como lo ha hecho y que, apenas hoy, empieza a bajar su índice en el mundo, precisamente por los problemas que hemos venido apuntando y que, escalofriantemente, van invadiendo todos los territorios, incluso aquellos que, como el nuestro, creímos indeteriorable y eterno.

Para explicar lo anterior, sencillamente, hay que recordar que nuestro país siempre fue visto, ideológicamente, como la *Suiza centroamericana* y que, gracias a la legislación de don Pepe Figueres al abolir el ejército, se llegó a decir que en Costa Rica había *más maestros que soldados*. Todo eso estuvo bien, en cuanto que en algún momento de nuestra

historia, la educación fue pilar y el dinero paramilitar, desterrado. El problema ha surgido porque la idiosincracia tica, cargada de pacifismo y luego de pasividad *-porque aquí no pasa nada-*, hizo demasiado suyas aquellas sentencias, creyendo que las cosas no cambiarían y que el mundo iba a seguir igual por siempre; así, todos los beneficios que los ticos naturalmente han gozado, creyéndolos impercederos como si habitásemos el Edén, que, de contar tanto con ellos como aliados inmortales, no los supimos cuidar ni darle seguimiento al mantenimiento que merecen, y siendo que nuestra educación, en las dos últimas décadas, ha desmerecido muchísimo, tampoco enseñando a nuestros hijos a cuidar el entorno y sus recursos vitales en toda su dimensión; más bien, aumentando *-como copia fiel de los países desarrollados-* el consumismo a ultranza, comprando lo que es accesorio y que no nos es indispensable, con la consecuente pérdida del ahorro tradicional seguido de una clase de pobreza que ya no es igual a la de *antes* (hace cincuenta años), donde el que era *pobre* podía agenciárselas para conseguir alimento a través de los vecinos más aventajados. De hecho, las frutas y las verduras se encontraban por doquier y nadie negaba un chayote o un mango porque era algo así como patrimonio del pueblo, estaba en el ambiente, y aunque todas las cosas han tenido siempre su dueño, casi nadie objetaba la dádiva alimentaria.

La psicología de la tenencia se ha endurecido, se ha enquistado, no dándoles movilidad a las relaciones humanas. El tener, hoy, es como un tumor canceroso que crece a pesar de su mortosidad, produciéndonos una asfixia, un estrangulamiento social que acelera el miedo y el estrés y que el dinero no podrá solucionar sino complicar.

Existe una pésima conceptualización, en nuestros días, acerca de la pobreza. Recordar el hecho de que, hace treinta años, si una camisa se rompía no era desechada, sino que se cosía pacientemente y podía seguir usándose, no tenía el estigma de pobre ese acto: más bien, de ahorro, porque nadie se andaba necesariamente fijando si una camisa era cosida o no, como ahora todos se fijan en la marca de la prenda; lo importante era si realmente servía, así fuera para trabajar o necesaria a la hora de cortar el zacate que antes había en todas las casas, y no como fue pasando, que el jardín fue sustituido para ser habitación del automóvil; es por ello, también, que el espacio familiar ha ido reduciéndose debido a que el televisor y el equipo de sonido requieren el suyo, la computadora también, con el consecuente hacinamiento de los miembros de la familia, produciendo falta de privacidad, incomunicación y violencia. Retomando, si la gente no compraba otra camisa, ese dinero se usaba en otra cosa o era guardado, de modo que el país no adquiriría deudas

a través de sus ciudadanos; podemos decir lo mismo del calzado: su calidad permitía que pudiera ser reparado. También, las herramientas eran elaboradas para servir muchos años. En aquel tiempo, antes del capitalismo salvaje, nuestros abuelos pudieron hacer obra de infraestructura - calles, acueductos, arquitectura, y muchas escuelas, etc.-, que de no ser por ella, Costa Rica estaría en una situación mucho más seria que la actual, pero que, desgraciadamente, esa infraestructura ya está colapsando y, por lo tanto, poniendo en aprietos a los que vengán a gobernar próximamente, puesto que los anteriores no se preocuparon al 100% por reparar, construir o mejorar la que ya existía. Se aprovecharon del trabajo ancestral para lucrar, sin un ápice de previsiones; más bien, consumiéndonos, poco a poco, como *buzos*, en el muladar del consumo.

Aquí ya no se trata de recurrir a la nostalgia y decir que "qué bonito que era antes", o -como podría aseverar un jovencito de hoy- "es que ese es un *abuelo* y está soñando con el pasado". Nada de eso: no se trata de nostalgia o de vejez; se trata de vida y seguridad de vida. Y ni siquiera un Instituto Nacional de Seguros pondría a nuestra disposición un seguro de ese tipo cuando el agua desfallezca, porque los *seguros* institucionales se mueven por el dinero, no por la realidad que nos rodea, porque llegará un momento en que la moneda, por ese camino, no servirá para nada, ni la tecnología,

puesto que cualquier avance en el conocimiento, técnico y pasajero, no detendría el avance de la muerte fácil.

Así, podemos afirmar que los conceptos han dado un giro geopolítico: un país mantendrá su riqueza tecnológica o de poderío militar para reprimir y sojuzgar a otros que tienen aún riquezas de otra índole dentro de sus territorios, tratando por la fuerza de hacerse de ellos porque, es evidente, para eso sirve el militarismo en pleno siglo veintiuno, y tengan ustedes la certeza de que los países *desarrollados* nunca como ahora usarán ese tipo de poder para obtener lo que han perdido por negligencia, ambición y desconocimiento de la naturaleza, y por haber creado una filosofía económica basada en el dinero, en el capital y su apilamiento, y no basada en el ser humano y en la vida que lo sustenta. El humanismo, el tratamiento del hombre para el hombre, está mancillado por la cultura de masas amorfa propiciada por los gurúes de la economía *científica*; el humanismo está en bancarrota y su agonía espera el remedio a partir de una sabiduría exenta de ambición monetaria pero rebozante de terrestre solidaridad.

Rosa Regás, escritora española, Premio Planeta 2001, decía, recientemente, que *en la infancia se guardan señales indelebles de las primeras sensaciones, amores o frustraciones* y que *la infancia es un lugar donde volvemos constantemente, siendo la única patria que tenemos*. Muy a propósito de esas

afirmaciones que ella aplica a la temática en su literatura, es que hoy retrotraemos pasajes de la nuestra, no sólo para recordar y expresarla estéticamente en un libro o en cualquier otro soporte -que es altivo y necesario-, sino para comparar -como lo hizo Dell'Anese- el cambio que se ha operado de allá hasta hoy y que no sentimos que sea para bien exactamente, sino que nos tiene sin duda con respecto de la calidad de vida que llevamos y tenemos enfrente. El conocimiento se funda en lo empírico, en la experiencia irrefutable. De modo que sí, la infancia con cuarenta años de edad, va a tener que ser desmenuzada literariamente, porque podría ya no haber otro sendero para poder llegar a la patria verdadera.

Los recuerdos personales servirán para hacernos sonreír, pero tendrán gran capacidad para entristecernos por dejarnos ver, también y sobre todo, lo mal que tratamos al mundo cuando debimos haberlo cuidado como la gran Madre Tierra que, muy a pesar de ella, sigue siendo. Y, por respeto a ella, habemos algunas personas que seguimos creyendo en su redención para bien de la continuidad de la propia humanidad y demás especies.

Tomando en cuenta que el Universo puede tener los 30.000 millones de años de existencia, Centroamérica unos 400 millones, y que el hombre quizás apareció hace sólo unos cuantos (7 millones según se desprende del *Sahelanthropus tchadensis*

encontrado en el norte de Chad), hemos necesitado demasiado poco tiempo -tal vez sesenta años- para destruir, o intentar hacerlo casi imparcialmente, todo lo que ha tenido un proceso lento y complicado para llegar hasta la vida del "*homo sapiens*", cuestión que lo propone, al hombre, más mal, como no sapiente, como el animal más depredador de su propia historia, mucho más que cualquier otro en cualquier época de la historia conocida. Es, si se quiere, una depredación mucho muy sutil cuando se trata de alienar a los pueblos haciéndoles creer tales cosas y resultando otras para beneficio de unos pocos o, ya nada sutil, cuando se trata de la destrucción utilizando medios escabrosos y grotescos como los empleados *modernamente* en las guerras, de las que el siglo veinte está repleto y que el nuevo siglo pareciera conducirnos en la misma dirección. Y es que se mantiene la misma dirección porque los directores son los mismos, gobernantes o medios de comunicación o grupos de presión ideológicos sin escrúpulos que no atienden a los otros, porque para ellos la *otredad* es un contingente innecesario y fútil, a estas alturas todavía creyendo que son menos reales esos otros por su raza o su credo o porque nacieron en tal o cual isla o en un sitio tercermundista que no rima con su *status* geográfico, idiomático, religioso, o por el color o por cualquier otra diferencia que se pueda pillar en esos *otros* rostros, o, mejor verdad, porque poseen

algún recurso-riqueza del cual ellos carecen y que, como el matón del barrio, arrebatara a los más débiles *físicamente* o, como ocurre contemporáneamente, a través de otras *propiedades* más sutiles y -si nos dejamos- legales, como la propiedad intelectual.

En el caso de los medios de comunicación masiva, es hartamente conocida su influencia vertical sobre los pueblos; que responden siempre a una manera de ver el mundo según una clase social determinada, por lo general, dominante, adheridos a un partido político con capacidad de llevar a la presidencia a su candidato preferido pudiendo o no ser éste un estadista preocupado por los problemas del medio ambiente y la salud de su pueblo, atando su política a espectros foráneos, divorciados de directrices claras y sencillas, optando por lo engañoso y complicado.

La realidad, por todo ello, es más cruda conforme avanzamos en el tiempo. No entendemos por qué: sabemos cuál es la etiología de las enfermedades del planeta, sabemos de sus síntomas, conocemos a fondo dónde residen sus peores males y cómo combatirlos. Es totalmente estúpido continuar, por ejemplo, buscando cómo lograr alcanzar nuevos mundos en el espacio interestelar, gastando billones de billones de esfuerzos humanos, si la única seguridad con la que contamos, que es el sitio por excelencia que habitamos, está plagado por el peligro, en alerta

roja. Entonces, ¿para qué escuchar alertas rojas de submarinos y aviones superrápidos para emprender violencias que finalmente conducen sólo al dolor de una parte de la población en ese momento agredida, si no escuchamos la que nos resuena en las puras narices y que, sin lugar a dudas, es la más importante de todas, pero que, increíble, es la que recibe menos atención? Uno termina pensando que toda esa desatención es dispensada adrede por los gobiernos que se arrogan el derecho de manipular concientemente lo que a todos nos pertenece y que, finalmente, es un problema netamente político con una meta fríamente económica, como si el dinero y las últimas tecnologías aplacarán su hambruna futura: de seguir así, sus billetes cubrirán su íntegra famelicidad. Dichosamente, aunque ellos se lo crean y lo publiquen, por nada son dueños de la verdad: mejor, debemos a capa y espada enseñársela, mostrándoles cómo debe ser acariciada; de lo contrario, caeremos en los abismos que sus insolentes, estratégicas y pesadas maquinarias, ha mucho, dieron por iniciados.

Hablamos de una gran realidad desvencijada; no se trata de que seamos antidemocráticos en el sentido enfermizo en que lo entienden los detentores del poder, ni que seamos revoltosos o revolucionarios: estamos pegando el grito al cielo porque el suelo, que somos nosotros, está sordo y sus protuberancias, que son los gobernadores, más sordas todavía.

III

Es demasiado molesto para los lectores, continuar apreciando cómo ha sido el desarrollo del continuum histórico y qué es lo que los hombres han logrado a través de los últimos decenios y, aunque muchas personas no dominen tan escandaloso asunto, la información periodística y radial, televisiva y radial informática, es hoy mucha, superdensa y muy heterogénea, hasta tal punto que llegamos a la conclusión, muchas veces, de que, quizás, sería mejor no saber nada -lo que haría a muchos muy felices-. Y ello, precisamente, porque la obtención de información de buenas fuentes es costosa y requiere de mucho tiempo, interés, dedicación y guía, y vivimos una época en que los guías son muchos, en todo y para todo, pero casi, estoy convencido, de que un porcentaje de ellos, altísimo, o no sabe, o *batea* o está horriblemente errado o posee el gran deseo de perdernos. Esto nos exige tener gran cuidado con aquello que leemos, escuchamos o vemos, y damos por entendido que la vía para alcanzar una meta de conocimiento sensible, sólo puede darse a través de la educación. Dicho esto, se plantea, de por sí, cuál es la situación en que ella se halla situada: concluyentemente, caemos en la certeza de que en nuestro país la educación padece la misma intransigencia y parsimonia que la infraestructura

que atrás expusimos. Parodiando al hermetismo egipcio, *lo que es arriba es abajo*. La proyección ejercida por la infraestructura de un pueblo, se refleja totalmente en su superestructura, esto es, su cultura, donde cultura significa el *cultivo* que una comunidad consigue de sí misma y de la influencia extranjera, extrayendo de él los frutos que podrán ser cualitativamente distintos, según el caso.

Tomando en consideración la situación en que nos encontramos los ticos -muchos otros pueblos también-, teñida por la incertidumbre de no saber hacia dónde caminamos cotidiana y -menos-existencialmente, queriendo decir con esto, que no contamos con las personas idóneas que asuman la responsabilidad de guiar a su gente hacia expectativas claras y soluciones sencillas que aseguren su estabilidad, debido a influencias sociales, políticas y económicas que otras naciones nos imponen no necesariamente por ser más *fuertes* sino, más bien, porque contamos con grupos o gobernantes débiles y pusilánimes que venden nuestra identidad -tan importante en la valoración del mundo- a cambio de baratijas de *standard* y comodidad personales, y cuyas gestiones se hallan en crisis, tal y como también la iglesia se encuentra, ellos, muy orondamente, concluyen y acuñan un término sugestivo que los excusa: *ingobernabilidad*, como si fuera por la conducta inmanente de los ciudadanos de un lugar, que es imposible apostar por el orden y legislaciones

correctivas que apoyen a esos seres a mantener su estado de cosas en un nivel seguro y estable.

Octavio Paz planteaba, en uno de sus ensayos, que la *modernidad*, que, entre otros fenómenos, se caracteriza por la producción industrial y la aparición del capitalismo, podía detectarse a través de la *analogía* y la *ruptura*. Así lo entendí en aquel momento de lectura y creo, ahora, que estas dos características pueden perfectamente aplicarse al tema expuesto. La modernidad se puede entender como el arribo que la humanidad hizo al siglo veinte, con todos sus adelantos y sorpresas que, hipnotizándonos, nos hizo creer llegar al sueño de todos los tiempos, donde todo podía conseguirse: volar en avión, atravesar la barrera del sonido, ver imágenes televisivas, escuchar la radio FM en *stereo*, desplazarse en automóviles veloces. Todavía en esos tiempos, los años setentas y un poco más, no veíamos tanto peligro, aunque ya él había empezado su tarea silenciosa: los polímeros habían llegado, el dinero fue trasladado a las tarjetas de crédito y la computadora -mediante la miniaturización de los transistores- se apuntalaba como la matrona que haría cambiar el mundo. Sin hablar de la carrera -exclusiva- de los satélites y la basura espaciales. Ya, desde que éramos estudiantes universitarios, escritores de diversa índole, pensadores y creadores de ciencia-ficción, habían empezado a llamar la atención del mundo, para hacernos ver a qué nos estábamos

enfrentando y qué podía salir de toda aquella serie imparable de innovaciones deslumbrantes. Había nacido lo más perverso para el medio ambiente y para los países *en desarrollo*, y cuyo paso aplastante parece, todavía, incontenible: la sociedad de consumo. Tuvimos que asistir al teatro diario en donde un joven, teniendo tres maletines deportivos en su casa, obtenía otro más, innecesariamente, únicamente porque ostentaba una marca definida como *caché*; es decir, que quien la lleve consigo experimentará cierta especie de identificación especial que lo hace diferente a sus demás compañeros de viaje vital, haciéndole creer que, como persona, ella se distingue, es mejor que los demás. Las cosas empezaron a existir no por necesidad sino por saturación, igual que las enfermedades. Ya nadie cosería la camisa para reusarla, sino que se antojaba mejor comprar una nueva para no aparecer *pobre*. Había emergido, también, el despilfarro, lo contrario al ahorro; sobre todo en los países que antes tenían una forma de vida muy diferente y que por *aparentar* en su exterioridad, sin darse cuenta, iniciaron el descenso hacia la deuda. Cayeron en la trampa del dinero y del consumo, desvirtuando su vida regional hacia una forma de vida cosmética. Los países ricos les prestan a cambio de intereses o de canje por sus riquezas que, supuestamente, no podrían con sus medios de *atrasados*, explotar: ruptura de su identidad. A nivel social, la vida dio

un giro *emotivo* hacia la ficción, lo ficticio: desde entonces, es de este alimento espúreo que hemos estado viviendo, produciendo una sociedad enferma, débil y cada vez menos trabajadora e inútil. Nuestras querencias se trabajan en serie - analogía- desde los laboratorios, compramos lo que otros diseñan, lo que otros piensan artificialmente que puede seducirnos; elaboran productos tan extraños y con funciones tan especializadas, que a veces creemos ser tontitos por no entenderlas, siendo, realmente, que no se corresponden con nuestro *modus vivendi*. Todo ese mundo artificial llenó de funciones a una rama de la comunicación que en las universidades usted puede estudiar y que se llama *publicidad*, hacer las cosas públicas, seriadas, sin distinguos de corazón; a cualquier precio vender, vender. Tan arrebatadora quiere ser la función publicitaria, que sus enormes vallas puestas a la vera de los caminos -algunas de muy mal gusto- interrumpen las miradas de los transeúntes y paseantes, del paisaje que, con toda probabilidad, hay en el fondo, tras de ellas: de modo que el bombardeo es constante y nos asalta por todo lado; el salir de paseo no asegura la tranquilidad que depara el no consumismo, puesto que la primera etapa de ella es, precisamente, la injerencia, hasta subliminal, de los pedazos artificiales impuestos, y muy seguidos uno de otro, irrespetando la ley, entre cielo y tierra, entre uno y su visibilidad. Esto atenta contra el derecho

humano, porque, además de afean lo natural que atrás queda anulado, evitándonos degustar el paisaje, a cualquier persona sensible le parecerá un abuso que no se conforme con el desborde anunciante que destilan periódicos, revistas, canales televisivos, brochours, rótulos, etc., pero que, al menos algunos de ellos, percibimos cuando nuestra voluntad nos lo permita, mientras que aquellos irrumpen cuando tu serenidad no los espera, siendo sorprendidos e insolentes, atentando contra la belleza que todavía queda en las tierras que nos han visto crecer. De modo que, la civilización occidental, si podemos hablar así, participó de una falla, de una *ruptura* que cambió su forma de ser y de ver el mundo. Ya no pudimos seguir siendo los mismos, en el sentido de mantener una tradición centenaria no necesariamente quieta pero pacífica, para, de pronto, encontrarnos inmersos en una atmósfera de competencia y velocidad que, si bien propinan alguna *comodidad* material, han ido deteriorando sin tregua la interioridad espiritual de los pueblos. La proliferación llegó hasta los precios exorbitantes en las artes plásticas y en la música. Nació el rock y desde allí innumerables ramas hasta hoy, revolucionando el sonido y las costumbres distractivas de la gente. La aparición de la imagen fue abrumadora. La producción en todos los campos nos inundó y pronto ese mar nos cubrió con su extenso manto a corto plazo asfixiante.

Por supuesto, no vamos a decir que la producción en su totalidad es inservible: en un sentido, no, y en otro, sí; la mayoría de los productos importados no son de primera calidad, ésta está destinada para las clases con buenos recursos, puesto que no están al alcance de los bolsillos populares que deben recurrir a productos prácticamente reciclables, hechos para un período de tiempo medido, para que usted reincida en comprar; y sí son inservibles porque ya no sabemos qué hacer con ellos cuando, por su fugacidad servil, deben ser desechados. Pero, tal es hoy la cantidad de desechos, que las comunidades tienen grandes problemas para la ubicación de rellenos sanitarios donde depositarlos sin tropiezos ambientales y salubres para los habitantes próximos, que representa otra diferencia que uno nota con respecto del pasado, donde los utensilios, por lo general, nos llegaban elaborados con buenos materiales y cualquiera se daba el lujo de decir *este martillo perteneció a mi abuelo*, teniendo aún vida útil por delante, lo que, evidentemente, hacía que los desechos fueran menos y las cantidades de dinero rindieran más.

El corolario -que no es un secreto para nadie- es que, sobre todo los países más aletargados, están plagados de productos de tercera calidad y con una vida útil demasiado corta, acelerando los gastos e incrementando el trabajo municipal de recolección de basura, con todas las consecuencias que podemos adivinar.

Lo más grave yace en que casi toda esa producción que entra a estos países, cualquier repuesto de automóvil, por ejemplo, está hecho con base en plástico, y -inegocio!- si uno necesitara, por ejemplo, cambiar el émbolo de una llave de tubería, no logra encontrarla en la ferretería, está impelido por las fuerzas del comercio vergonzoso, a comprar la pieza entera, botando la mayor parte servible al canasto de la basura. Y, a propósito de automóviles, nuestros gobernantes permiten entrar, por nuestras aduanas, miles de ellos *de segunda*, generalmente, de marcas cuya calidad está diseñada para que duren un lustro a lo sumo, abarrotando, una vez más, nuestros basureros hasta gritar basta, produciendo desbalance en nuestra bolsa: eso es pobreza. Estamos importando pobreza no sólo económica sino social, y, por supuesto, ambiental, ecológica, para no hablar del daño psicológico que, como una bomba explosiva, agrede nuestro esfuerzo, nuestra tranquilidad, desestimulando el trabajo cotidiano y amanerando los pueblos hacia lo fácil: el hurto y la corrupción, creando desasosiego y violencia, y por ende, propiciando las drogas, el encarcelamiento de los ciudadanos en *libertad*, autorrejándose, aumentando el gasto policial, el suicidio y la muerte. Nuestros gobernantes hablan de mejorar la seguridad: eso es como ponerle una curita a una herida que desangra a la sociedad. El consumismo, pues, es la herida por donde nuestros países están

perdiendo su riqueza, no sólo económica -si la tuviesen- sino todas las otras, por donde, literalmente, su plasma de identidad y bienestar natural se están desvaneciendo a pasos de globalización. La globalización, entonces, no es más que el mecanismo por el cual nuestras tierras se están ensuciando y empobreciendo: los "Tratados de *Libre Comercio*", amén de encarnar contratos que por su política arancelaria nos ponen en fuerte desventaja, hacen posible que los países grandes con los que los suscribimos, envíen, de forma *legal*, sus productos-basura a nuestros patios: compramos basura a precios muy elevados, y con ella, miseria por el mismo precio.

IV

Un examen detenido y riguroso de la basura nos dirá, con mucha certeza, quiénes somos. Podemos, a través de la signación de la basura, de una valoración sónica de sus significados, tocar nuestra realidad, detectar el *modus vivendi* de un pueblo. Podemos, también, hablar de una semiótica del consumo: una semiología de la basura. Así como el antiguo médico Hipócrates opinaba que la salud o la enfermedad penetran al

cuerpo por la boca, y que la calidad de nuestra alimentación decide nuestro estado corporal y mental, por la manifestación de salud o carencia de ella, desde el basurero de un pueblo podemos inferir la salud o enfermedades de él, sus gustos, vicios, hábitos, su composición social, acercarnos a su estado psicológico y hasta detectar su sensibilidad. Todas nuestras cosas y banalidades van a descansar allí: nosotros mismos armamos, casi sin saberlo -puesto que la basura es despreciable-, el croquis de nuestro estado social. La basura es capaz de relatarnos, nos delata, es capaz de contarnos acerca de la hechura y sustentos de nuestra idiosincracia por medio del parámetro *consumo*. Todo nuestro consumismo puede ser medido desde el basurero. Esta tesis no es nueva. La novedad que pueda tener se debe al hecho de que hasta ahora se propone como una medición en el ámbito macro, en un contexto socionacional. Sabemos, en las películas, cómo los detectives husmean en los botes de la basura en el lugar del suicidio o crimen, o donde fuera perpetrado un robo, buscando evidencias, pequeños indicios que puedan conducir al esclarecimiento del delito: ellos se fijan en cualquier detalle: si hay latas de cerveza, el número de colillas de cigarillos, sus marcas, papeles y su contenido escrito, un pañuelo con un olor de perfume determinado, el envoltorio de una cámara fotográfica, etc. El descuido del delincuente puede

ser hallado y, por lo tanto, llevar a los detectives a su arresto; también, puede ser que el criminal fuera cuidadoso no dejando de él ni una sola huella. En el caso que nos ocupa, el basurero municipal sí contiene todas nuestras huellas; aquí todos por igual somos los criminales. Todos somos participantes, muchos anónimos, cómplices, del desastre que estamos infligiendo al medio ambiente que, contra corriente, aún permite a los seres hacer el amor y seguir viviendo.

Hace algún tiempo, una amiga me decía que, para un trabajo universitario de campo que estaban realizando, les era necesario entrar y entrevistar a los miembros de una familia, en un precario, acerca de sus hábitos, y que, al no encontrar a nadie en el lugar, a ella se le ocurrió decirle a su profesor que podían lograr los mismos datos con sólo escarbar en la bolsa de basura que estaba a un lado del rancho. Y dió en el clavo. Estamos proponiendo lo mismo.

Incluso, en Costa Rica, nació una clase social muy definida que vive de hurgar los basureros, no sólo los municipales, como el de Río Azul, y que el escritor costarricense Fernando Contreras retrata con lujo de detalles en su novela *Única mirando al mar*, sino que ya se les ve por los diferentes barrios pasando antes de que lo haga el camión de la municipalidad, buscando cualquier objeto que les sea a ellos de utilidad. Estas personas son realmente expertas en la búsqueda de bolsas de

basura y su contenido: con solo *tantearlas* conocen si la basura es zacate, escombro, o si algún artefacto electrodoméstico puede encontrarse allí. En el botadero de Río Azul -el nombre de por sí ya es contradictorio-, estas personas llamadas *buzos* por su analogía con los buceadores en el mar -ellos prácticamente lo hacen igual pero en un océano de basura-, poseen todo un conocimiento porque, incluso, saben si el camión tal y tal proviene de un barrio pobre o no; si proviene, por ejemplo, de los barrios del sur que son más desvalidos, la *mercancía* no les es llamativa; si lo hiciera de un barrio *bien*, tendrá muy buena clientela, puesto que, por sentido común, se supone trae cosas de *importancia*.

Podemos, entonces, por un método contrario, advertir qué tipo de basura contendrá un basurero, si recurrimos al origen de ella; es decir, a los expendios de mercaderías, sobre todo, de consumo masivo: los supermercados. Para nadie es un secreto que el mercado presenta, al igual que se da en la publicidad, una gama de diferentes productos y, en este caso, de expendios, dirigidos a las diferentes clases sociales, las que se diferencian entre sí por su estado económico, por el volumen de sus ingresos pecuniarios. Este parámetro, claro está, tiene que ver con la situación de los mismos dentro de la geografía nacional: si están en la gran área metropolitana, en cuáles de sus barriadas; o si se encuentran en una zona rural: dedicada a qué

actividad; si tal zona genera riqueza o si, por el contrario, no cuenta con medios para hacerlo. Simple mercadeo.

Quedamos claros en que, la composición social, y hasta la descomposición, de una comunidad cualquiera, se refleja en la basura que genera. ¡Y su cantidad! La cantidad de basura nos indica el grado de consumismo que una población padece. Para saberlo no hay que ir a bucear en los basureros municipales, basta con detenerse en los expendios y supermercados y avizorar los estantes de productos prebasura. Lógicamente, para consumir mucho se ocupa dinero, y el dinero, o viene del trabajo industrial o del comercial. Del trabajo honesto o deshonorado. Si viniese de la industria, habría que ver qué tipo de productos elabora, lo que nos indicaría, aunque generara un dinero sano, si su industrialización no contamina el ambiente o explota a sus trabajadores, si sus productos son de calidad o no, si son para consumo interino o para la exportación. Esto nos llevaría a tratar de cuantificar la densidad de la industria nacional y, por otro lado, la del ámbito comercial, siendo este último, expendedor o prestatario de servicios, que es importante pero no tanto como la producción de artículos varios, sean o no comestibles, y a partir de aquí, conocer sobre la industria alimentaria, su calidad e incidencia en la salud de un pueblo, y las que no, pudiendo determinar más valores de la sociedad que

estudiamos; luego, podremos observar de qué es de lo que carecemos para importarlo, y de dónde, porque lo que traigamos de afuera tiene una importancia capital en la evolución de una nación, y si lo que penetra nuestras fronteras es indispensable o no para el pueblo; hasta dónde llega la utilidad de lo que ponemos a disposición de la gente. De modo que, las clases importadoras, también, tienen un papel selectivo del consumo dentro de la sociedad e incitan, para bien o para mal, la vida de ella.

Retomando el problema de la basura, podemos poner un ejemplo sencillísimo: si nos ponen enfrente dos bolsas de basura procedentes de dos casas de lugares diferentes, y en una de ellas encontramos una caja grande de yogurt, cáscaras de naranja, un envase metálico de aceite de soya, una envoltura de jabón de olor, dos latas de cerveza light, residuos de verduras y una faja raída de cuero, son elementos que aportan una serie de indicios para dilucidar muchas condiciones y hábitos que, la persona o personas que habitan la primera de las casas, tienen. Listar esas conclusiones podría ser extenso y tedioso, pero, por lo menos, podemos precisar algunas más adelante. La otra bolsa contiene una envoltura plástica pequeña de jabón en polvo para lavar, la punta de un pedazo de pan blanco, la lámina arrugada de una barrita de margarina, una lata de atún y una colita para amarrar el pelo. Con toda

seguridad, cualquier persona inferirá que la primera bolsa pertenece a una familia de clase media, en tanto que la segunda denota a una de pocos recursos. Sin tomar aquí en cuenta la cantidad de elementos, que, por supuesto, la primera ha de tener más, por cuanto, generalmente, su poder adquisitivo es mayor, si lo hacemos desde el punto de vista cualitativo nos daremos cuenta que la primera bolsa nos enseña a un grupo familiar que se alimenta bien por las mañanas, desayuna naturalmente a juzgar por el jugo naranja, cuida su flora intestinal según se desprende de la compra del yogurt, cocina con un aceite recomendado por los médicos porque evita el colesterol y probablemente en algún momento tomaron sopa de verduras que es autóctona y muy nutritiva; el jabón nos indica higiene y la faja vuelve a asegurar los recursos medianos de la familia puesto que obtener un cinturón de cuero es caro. El jabón en polvo de la otra bolsa nos habla, también, de higiene, pero es una bolsa pequeña, lo que induce a pensar que es una familia que va *al día*; la barrita de margarina, no mantequilla, y el pan corriente de panadería indican un desayuno muy modesto y la lata de atún denota una comida rápida y barata. Podría hacerse más extenso el análisis; por ejemplo, si los productos son nacionales o extranjeros y en qué cantidad y qué tipo de empaques fueron usados, etc. De la misma manera, un sumario extenso de productos diversos

desechados de un basurero nacional, nos llevaría a interesantes conclusiones acerca de nuestros hábitos y costumbres que terminarían señalándonos todo un cuadro sociológico y económico del país y sus habitantes.

V

Sabemos que el planeta Tierra está conformado en un 71% por agua, a saber, dos terceras partes, y que de esas, el 97% es agua de mar que no puede beberse; los bloques de hielo polares contienen otro 2% de agua inaccesible. El agua aprovechable, potable, fresca, que puede ser consumida por el ser humano y demás especies, equivale a unos 12.600 kilómetros cúbicos, o sea, el 1% de toda el agua existente sobre el globo, y cuya distribución no es equitativa por razones de la formación terrestre; por ejemplo, un país como Canadá posee dos decenas y media más de agua por habitante que una persona mexicana. Costa Rica, también, en ese campo, es un país privilegiado: posee varios tipos de bosque y sus tierras están regadas por centenares de ríos que bajan de sus amplias cordilleras y se dice que una de sus poblaciones, Atenas, tiene el clima más benigno del mundo, un

clima tropical. Es un país de varios microclimas a pesar de sus escasos 52.000 km² de superficie, y tiene destinado el 30% de su territorio a parques nacionales y reservas forestales que son el asiento del 5% de la biodiversidad del planeta como apuntamos más arriba. En el mundo existen 7000 m³ de agua per cápita, aunque su real distribución no sea ésa; Costa Rica posee 27.936 m³ por cada habitante. Por otra parte, para comparar un poco, una persona estadounidense gasta, en promedio, 1000 litros de agua diarios: tiene que lavar sus carros, bañarse en tina, usar el jacuzzi, etc.; en tanto que una mujer africana dispone de 5 litros en el mismo tiempo, para todo. Y el mar Mediterráneo está muerto porque recibe el 50% de la basura de Europa; carece de oxígeno al igual que los ríos de nuestra meseta central, sin *gupis* ni *aluminas*. De modo que si no hacemos nada concreto y efectivo, en los próximos treinta años el estrés producido por la falta de agua va a ser pavoroso, y aparejado a ello desaparecerán casi 1200 especies de mamíferos; en los últimos treinta, sólo en Latinoamérica se han deforestado 190 millones de hectáreas, según el informe mundial de las Naciones Unidas. Teniendo datos tan claros y contundentes, ¿cómo es posible que los gobiernos no den inicio a las soluciones, si lo que la naturaleza de la vida está exigiendo es una orden ineludible?

Sin embargo, con todo y lo anterior, las ventajas naturales que todavía le restan a Costa Rica, sus habitantes no nos hemos percatado, totalmente, del daño que les estamos haciendo a los ríos que aún respiran, a los mares, manglares, humedales, bosques, montañas y parentela, y lo que ese daño ya está significando en el minuto siguiente.

Una de las políticas que los gobiernos han querido implantar es el del desarrollo sostenible, la sostenibilidad de los recursos del país para alcanzar bienestar social. Esto es, volver a darle a la política y a la economía de los pueblos -supongo- un carácter humanista, donde la ética y la dignidad humanas estén por encima de aquellas. Ya cuando la situación planetaria se ha tornado casi inmanejable por la contaminación, hombres como Jeffrey Sachs, experto en desarrollo, finalmente se da cuenta, siendo uno de los forjadores de la globalización, que mientras los grandes países industrializados no le pongan atención al gran deterioro ecológico-ambiental que envuelve el mundo, la situación no tiene visos de cambiar para bien y que, entre otras cosas, deben, inmediatamente, aumentar la ayuda a los países más despojados, para que inicien o continúen su trabajo de sostenibilidad y cuidado de los recursos naturales y del medio ambiente que, realmente, representan más riqueza que el valor del dinero, puesto que conforman el caldo vital del cual se

sustentan todos los seres vivos. Si llegamos a destruir ese hábitat, prácticamente el dinero no tendría ningún sentido en las transacciones económicas, puesto que los países poseedores de él, pasarían a ser dependientes de aquellos que, no teniéndolo, sí sean poseedores de recursos vitales como el agua. Y entraríamos, nuevamente, a una era de canje o trueque, donde sólo aquellos que cultivan o producen un bien, podrán intercambiarlo con otro cultivador o productor. Algo semejante, por otras razones y en su actual crisis, se está dando en Argentina, país sumido en un desbalance económico que, como dice un amigo del barrio, la está sufriendo en mucho, también, debido a su pasión por el fútbol, divertimento que al ser extrapolado, demasiado vívido hasta llegarse a dar días feriados para disfrutarlo a como dé lugar, repercute negativamente en la producción, por ende, en el PIB, llevando a cualquier país a la bancarrota. Claro, el fútbol les da de comer a muy poquitos: son millonadas de gente trabajando para que una selecta clase hiperdesayune, mientras cien mil niños mueren de inanición en el mismo plazo de un día. Desequilibrio.

Los gritos advirtiendo del grave problema terráqueo en que podía caer la humanidad, son viejos. Después de creernos el centro del Universo con la teoría geocentrista de Ptolomeo en la Edad Media, apabullada por el heliocentrismo de

Copérnico, después de que, ¡bueno!, si es así, por lo menos somos los seres especiales puestos por Dios sobre la tierra, y venir Darwin a decirnos que no, que muy probablemente veníamos de los primates, y luego Freud pellizcarnos para hacernos entender que el ser humano usaba el pensamiento, pero que muchos de sus actos eran totalmente inconcientes, puesto que la formación mental se acuña desde la infancia, y, hoy por hoy, encender nuestro entendimiento a partir de los estudios del genoma humano, haciéndonos comprender que todo se localiza en los misteriosos centros microscópicos llamados genes, que desde ellos se moviliza la actividad humana; de la misma manera, creímos que el planeta era eterno y que, por no ser un ser viviente (por aquel mismo desprecio del hombre ante los seres *inanimados* -garrafal error de visión gracias a la iglesia medieval-), que sí lo es, no le iba a pasar nada por más males que le propináramos, es, por esa razón, que lo teníamos en el olvido, en el descuido, y que hoy manifiesta los síntomas de varias enfermedades que lo afectan a él y, también, directamente, a los seres vivos que en él residen; decía que ya muchas personas, en el pasado, habían advertido de ello siendo totalmente desoídos, incluso por las instituciones de proyección mundial como el BID y el BM. Es el caso de Francisco *Chico* Mendes, nacido en Pote Seco, en Brasil, en 1944, y acribillado a balazos de metralla por Darcy Alves, a poca distancia y desde

la oscuridad, en 1988. Habiendo sido hijo de un trabajador del caucho (de un *seringueiro*, palabra portuguesa proveniente de *seringa*, goma elástica, y que alude, técnicamente, a la hacha pequeña que es utilizada para entallar los árboles de caucho en la cuenca del Amazonas), en un ambiente de analfabetismo y miseria debido a que la demanda de caucho disminuyó abruptamente concluída la Segunda Guerra Mundial, porque ya los países de la alianza, los aliados, no necesitaban más, por ahora, llantas para hacer rodar la sangre, lo que hizo que 23.000 *seringueiros* murieran abandonados; Chico, luego, se concientizó acerca de los problemas ambientales, habiendo aprendido a escribir autodidácticamente con la ayuda de revistas y una radio, para luchar contra la construcción de la carretera transamazónica que tendría una longitud de 5.000 kilómetros y que propiciaría incendios (que a su vez insuflaron unos quinientos millones de toneladas de carbono en la atmósfera), deforestación y la instalación de fincas de ganado, y matando tribus enteras de aborígenes; para después enfrentrar la fiebre del oro en los ochenta, que utilizaba el mercurio envenenando los ecosistemas, desgastando los suelos, extinguiendo especies animales y vegetales, llegando hasta el desastre social y económico. A la par de un ecologista verdadero como Chico, está Marina Silva de Souza, quien todavía hoy continúa la lucha conservacionista y que ha corrido peligro

de muerte por esta causa. Nacida en 1958 en la Amazonia, quedó huérfana de madre cuando tenía quince años, teniendo que hacerse cargo de sus numerosos hermanos que vivían de la ingesta de raíces, de la caza y la pesca, conocedora de la zona, y que por su esfuerzo y lucha pasó de la *ignorancia* a obtener un grado en Historia y hasta un escaño en el senado federal, para seguir litigando en este ajedrez vital donde nosotros somos los peones y el rey contrario es la monarquía de la muerte impuesta por vanagloria.

Vamos a nombrar, también, al doctor mexicano Mario Molina Henríquez, Nóbel de Química, incansable luchador por la protección de la capa de ozono, impulsador del no uso de los clorofluorocarbonos en el mundo, pero preocupado aún por el calentamiento del globo (que ha aumentado su temperatura en un grado desde el inicio de la era industrial) debido al efecto invernadero, producto de la basura atmosférica, y cuyo trabajo intenta promover el uso de energías limpias y la reconstrucción de ciudades que, como México, están saturadas, y en la cual el doctor Molina está trabajando intensamente en la promoción de combustibles menos malignos, el uso de buses de buena calidad, etc., asegurando que los gobiernos deben invertir en ello para el mantenimiento de nuestra atmósfera, y aunque la inversión sea a largo plazo, no se trata de un lujo, más bien, de una absoluta necesidad. Porque uno

se pone a pensar en el poder cegador que tiene la ambición, capaz de hacer germinar en los humanos la osadía homicida de no dejar espacio puro y libre a las generaciones que representarán su herencia sanguínea y vital en el ya futuro, en el interior corporal de sus propios vástagos.

A pesar de que, en el 2002, son muchas las asociaciones y fundaciones en el mundo que han puesto su atención en los problemas que nos ocupan, las instancias que deben tomar las grandes decisiones no lo han hecho con la entereza y celeridad que se requiere, única y exclusivamente por los intereses creados predominantes que no dejan correr la carreta de la descontaminación con su efecto limpieza.

Pues, seguimos estando frente a un problema político, cribado laboriosamente a través de una economía de la muerte que presupone unas víctimas determinadas, pero que, indefectiblemente, arrasará a todos por igual, porque el aire es popularísimo y, este elemento, como todos los otros, no hace distinciones ontológicas, y su ausencia aplica la ley del Talión, sordo ante cualquier supuesta pureza étnica o idiomática, igualmente castigando a los justos por los pecadores, aunque la justicia tenga a estos últimos plenamente identificados, pero publicitariamente impunes.

Por otra parte, sabemos que las industrias del cine y la televisión, también, son superlativas

productoras de basura. Una basura de otra índole, pero, al fin y al cabo, desecho artístico que conlleva en sí una manera de ver el mundo, con proposiciones a veces no tan claras pero definibles, y con un temática harto conocida por ser incitadora de hábitos y costumbres, también, que siempre han significado un atentado contra las que tuvimos tiempo atrás y que valoramos como más benignas. De hecho, en Costa Rica, el cable televisivo es sumamente grueso y por él pasa de todo: violencia constante, miedos obsesivos, diversión espúrea, dramas de sociedades ajenas, mundos drogadictos y sexo degradado.

Al igual que atrás, cuando hablábamos del desasosiego y desestímulo de una sociedad que se siente minimizada puesto que su esfuerzo, por ejemplo en el trabajo, no le es recompensado como se debiera, tomando en cuenta la evolución de las instituciones y su jurisprudencia y, que, entonces, como represalia inconciente y por un plan acomodaticio, tiende a lo fácil, al robo y la corrupción, a la obtención de dinero a través de mecanismos que no guardan proporción entre su ejercicio y los resultados, como el lavado de dinero o el narcotráfico, la empresa de la imagen reproduce esos tipos de vida que se han vuelto cotidianos y *normales*, y nos los vende, y son gustados porque son elaborados para enseñarnos más acerca de ellos: los guiones están hechos a partir de estudios -para hacerlos más *reales* y

convincientes- que un equipo de gente realiza, o a partir de una novela o libro de algún escritor famoso y cuyo tema además de completo, sea palpitante, hace -decía- que los pueblos a los cuales esa mercancía llega, aprendan mejor esos oficios, con detalles acerca, por ejemplo, de un robo, que difícilmente a un caco de estos alrededores se le hubieran ocurrido para perpetrarlo con éxito, despertando, más allá de sus intereses regionales, la malicia, inculcando desenfreno y codicia, y trayendo, a través de unos medios que parecieran inofensivos por virtuales y no reales, el caos social a los países que consumen este tipo de productos; más bien, generando siempre dinero a los exportadores foráneos y, aunque menos, a los importadores del lugar, responsables -como habíamos dicho- de que el pueblo ingiera ese tipo de alimento debido a su selectividad volitiva que, en fin de cuentas, se va a dar dependiendo de sus *rating* de ventas, no de su calidad.

Vemos cómo es premiada una película en Hollywood que, como sabemos, es la ciudad productora que abarrota nuestros cines y cuya industria distributiva impide que nos penetren filmes que provengan de otras esferas que también los hacen muy bien, y que, casi siempre, exponen una realidad no tan agresiva o que, si la fuera, proponen soluciones humanas a esos problemas y no, simple y comercialmente, su exposición no crítica, para ser vistos espontánea e

instantáneamente, sin extensión, pospelicular, pensativa, que dejen en el espectador una solución, una advertencia o una interrogante. Por lo común, ese tipo de cine está alejado y desinteresado de los valores humanos universales, ejerciendo una gran presión sobre los niños y adolescentes cuyas mentes están en un período formativo y, por lo tanto, esponjosas, receptivas pero carentes de valores de juicio que permitan repelerlas por insulsas o por impresoras de personalidades desviadas del humanismo. Amén de que los países llamados pobres, no pueden darles a sus hijos una educación que los inmunice contra este tipo de agresión psico-social. Es así como la demanda de estos productos, su consumo, va a producir múltiples oferentes de las mismas temáticas tratadas por el cine y, más, por la televisión, pero en vivo y a todo color. Su consecuencia se apreciará en la vida real, haciendo descender el nivel de vida y el grado de bienestar, y obligando a las mentes gobernantes a creer que lo que se requiere es más seguridad ciudadana, incrementando el número de oficiales del orden, reprimiendo aun más a la población, aumentando el gasto público, cuando, en realidad, la causa de esos males ha de localizarse en lo que aparece como más inocente e ingenuo, no siéndolo en absoluto. Una sencilla oficina de censura, de selectividad sin llegar a la beatitud, menos a la mojigatería, les costaría una bicoca solucionadora.

Personalmente, siempre me han encantado las biografías e historias de los grandes personajes de la historia, incluidos los genios. Recientemente, fue premiada con un óscar *Una mente brillante*, basada en la vida del contemporáneo John F. Nash, premio Nóbel de matemáticas 1994. Aunque aún no he tenido el gusto de ver la película -preferí ir a ver *Amélie*-, soy de los que piensa, tratando de no caer en extremismos, que, a pesar de la importancia que ella pueda tener y del ejemplo que pueda dar, necesitamos películas que abandonen un tanto el asunto de las individualidades y se aboquen a lo multitudinario, porque una individualidad brillante en un mundo egoísta siempre va a sobresalir, así sea que el trabajo que realice sólo beneficie a un grupo reducido de estudiosos o practicantes, en tanto que las multitudes, si no se tratan sociológicamente, terminarán siempre amorfas en ese mismo mundo egoísta.

Lo traigo a colación porque, su teoría del equilibrio, propuesta en un artículo de 1950, y de la cual él asegura ser *su contribución más trivial*, afirma que el equilibrio es el resultado de un proceso de adaptación al entorno, en el que cada uno trata de hacer lo mejor para sí dado lo que hacen los demás, para situaciones donde existe mezcla de conflicto de intereses y posibilidades de cooperación; también, que el equilibrio es como un imán poderoso, no visible, que *yo no voy a cambiar si los demás no cambian, y los demás no van a cambiar*

si yo no cambio. Agrega que hay equilibrios donde prevalece la cooperación y otros en donde prevalece el conflicto como en una escalada de violencia que va a sí misma sustentándose.

Pues bien, aprovechando la insinuación de Nash, podemos afirmar, sin él, que la basura produce sólo desequilibrio, uno, y nefasto. Sin contrincantes: los contrincantes podríamos haber sido nosotros, pero no queremos serlo; podríamos haber sido no sólo la otra parte de la balanza, sino ganar el equilibrio, el mismo que siempre tuvo el mundo y que el ser humano rompió y perdió. Entonces, ¡eureka!, necesitamos un científico que nos los diga, y mal, porque dice que existen múltiples equilibrios como en el tráfico de autos, cuando por sentido común, simple y no costosa intuición, podemos sentir que, también, es desequilibrio, aparatosa falta de equilibrio, y que equilibrio solo hay uno: el que permite la continuidad de la vida. Y, como consecuencia, sí múltiples desequilibrios: dinero, consumismo, deforestación, basura, guerra, poder, deshumanismo, hambre. Hablar de una teoría del equilibrio es como desterrar la ley, la natural; es como querer descubrir lo que está perdido en la realidad, es exactamente una mente occidental quemándose los sesos tratando de encontrar, sin poder restituir, científicamente, la paz de todas las coordenadas. La teoría del equilibrio destrona la serenidad de la faz de la tierra, sencillamente

porque confunde equilibrio con desbalance, que significa, sin ser tradicionales, la claridad etimológica de los términos lingüísticos que han resistido la pesadez de los siglos: intenta explicar el desastre por su imposición como tal, que, por estar ahí, es lo más conveniente y, por lo tanto, hay que tratar de dilucidarlo, no cambiándolo si los demás no lo cambian, solo describiéndolo como en las películas de Hollywood: es el juego inepto del ocio contemplativo, donde se cree que descripción es creación (donde la forma de leer es la propiedad intelectual, su soporte: es derechos de autor, que no evita que pésimas lecturas produzcan pésimas películas); no parir como las hembras, creando nuevos mundos dentro del mismo mundo; esto último es continuidad, la única válida que yo sepa, a no ser que por la biogenética intentemos hacer aparecer un ente artificial que lo único que lograría sería engrosar las extensas filas de basura, buscando una novedad que no es necesaria. Creo que es más sensato plantear la teoría del desequilibrio: que sería, simplemente, desarrollar la historia destructiva de los hombres sobre la tierra -para el caso: porque creo, también, en que la vida es bella-, de una tierra a la cual hemos llegado sin un manual de manejo contundente, excepto por los que las diferentes civilizaciones han creado a partir de su percepción religiosa, los grandes libros sagrados que nos imponen una ética y que hemos intentado seguir acatando pero

olvidando lo principal, como si rezando u orando, solamente, podríamos mantener el mundo menos manchado, menos pecaminoso, menos sucio, cuando, en realidad, contamos con cientos de templos que imponen, con su política teológica unidireccional, contaminación espiritual, porque no llevan en sí el semáforo de la libertad, sino la inclusión sectaria que arrebató ojos a la realidad, conduciendo a sus feligreses a la insensatez acerca del mundo vívido, abandonándolo para estar en sus soñolientos pastizales haciendo proselitismo para atraer a otros, cuando todos debemos centralizarnos en la única gran iglesia, el planeta con su agua bendita y su aire espiritual, con su tierra promisoría y su luz vital.

El problema de la basura es netamente humano: sólo a través de una buena calidad humana podríamos solventar este problema que nos tiene agobiados, y al cual no queremos contestar o darle una respuesta, como si el mismo fuera tan grande y pesado que ya no podamos darle solución, sino dejarlo allí, creciendo, el monstruo cuyos tentáculos poco a poco irán tomando las fuentes de la vida, separándonos de ella. Es tan peligroso el diagnóstico, porque pareciera, incluso, que exista una especie de pereza que nos impide ser optimistas y entrarle al problema con agallas, buena voluntad y ganas de vivir. La basura es el alto precio que hemos venido pagando por la modernidad, es la ruptura con un pasado que

también la produjo, pero que la producía, si se quiere, concientemente, para ir viviendo, no como ahora, que nuestra basura, en su gran mayoría, pudo no haber existido y, muy probablemente, hoy nos encontraríamos mejor. La basura es, por insolencia, la disociadora de la mezcla química ancestral que se formó a partir de la evolución natural de los elementos. La basura parte en pedacitos irreconciliables la realidad que nos circunda: ¿cómo podremos volver a una mina partiendo de las latas desechadas? Por eso, ya no podemos decir, como solían decirnos en la escuela, que el agua es un recurso inagotable, no; desgraciadamente, el agua se agota, gota a gota.

El agua es tradicional, más que un dinosaurio o una enzima. Su sabiduría es multimillonaria en el tiempo. Innecesario es cambiarle su estado. Ella es el perfecto estado de la materia y sabemos que su molécula es escasa en el Universo conocido. En ese sentido, me declararía conservador si esto pudiera ayudar a mantener su calidad. La basura es *modernidad* y *progreso* que han resultado, finalmente, en retroceso vital. El agua de nuestros ríos está cargada de modernidad y basura, una modernidad inconciente que nunca quiso ponerse a pensar en que ella, que siempre estuvo allí corriendo y que caía del cielo, estuviera un día en peligro de muerte. Es una realidad aplastante a la que debemos, tenemos la obligación, de restituirle el curso natural. Es nuestro propio ser: no podemos

llegar a la desesperación de no queremos nosotros mismos, de perder la fe en el ser, de ponerle punto final a la historia, una historia muerta de sed, famélica y sucia. No queramos que el camino de la vida nos conduzca a un desierto donde no exista siquiera el espejismo de un oasis en la lejanía.

Tan espléndido fue el mundo con nosotros, que el agua abundaba y era tan común que le perdimos el respeto, y al perder el amor por ella, le hemos perdido el respeto a la vida y el amor a nuestros semejantes. No podemos dejar que la sociedad se atomice y se enrumbé hacia una desintegración dolorosa.

Al igual que el aire, que también está en peligro, el agua nos pertenecía a todos. Así lo planteó la vida. ¿Quién es capaz de arrogarse la propiedad intelectual del agua o de cualquier otro elemento? Desde mi punto de vista, la propiedad intelectual es la lectura que los hombres de una región determinada van haciendo de su entorno, de sus recursos. De esa lectura nace el conocimiento, la capacidad de poder mantenerse con vida y hacer posible que la especie prosiga. Cuando las comunidades se organizan, ceden sus mejores recursos a un grupo de personas que se harán cargo de su mantenimiento a través de las instituciones del estado; así es en Occidente. Les confiamos a esas personas, políticamente, nuestra propiedad intelectual elaborada a través de los siglos, y les pagamos, con el trabajo de todos, para

que cumplan ese mandato. Si ellos fallan, hacen que la sociedad toda falle y caigamos ya no sólo en el desorden administrativo, sino que el acto significa burlarse de los habitantes y de su propia riqueza, que es la de todos, creyendo que, al no hacer bien su trabajo, nadie se va a dar cuenta; pero el mal olor, el paisaje raído y las enfermedades nos avisan que algo malo les está ocurriendo a nuestros recursos vitales, y es, entonces, cuando debemos percatarnos y rescatar, en este caso, nuestras instituciones, los valores, y nuestros recursos para redimir la vida. Oponernos a la muerte en todos sus flancos; hacer un mundo mejor. Para eso necesitamos hacer un análisis del estado de cosas, revitalizar los valores, y dar inicio a una campaña de limpieza, no sólo de los ríos, la atmósfera y las calles, sino de nuestros actos y nuestra conciencia, para tratar de escapar del mundo engañoso y ficticio en que nos hallamos inmersos. Precisamente, encontrar un envase etiquetado con una marca y que su contenido sea agua, nos habla del error que se hace cada día más grande: alguien se ha beneficiado de ese nuestro error y se hace acreedor de la propiedad intelectual de poner agua envasada en nuestras mesas. Ese elemento universal, base de la vida, ahora sirve para comercializar, ganar dividendos, formar una industria no natural, porque por el mismo problema contaminador es que hasta el agua de lluvia nos baja ahora ácida, y en lugar de que los

gobiernos actúen para el beneficio general, remediando el suministro sano desde las fuentes, nos engañamos más comprando el agua que es lo mismo que un remedio pasajero, que más bien permite que la alcahuetería del no cuidado y mantenimiento, continúe.

El usufructo de la propiedad intelectual del agua y del aire es planetaria, mineral, vegetal, insectiva, animal y, finalmente, humana; le pertenece igual a un conejo o a un rinoceronte que al rey de Persia o a la libélula que se posa sobre la superficie del agua densa de un riachuelo que en otro tiempo hizo las delicias de sus antepasados. Ellos tienen, también, derecho de reclamo, aunque su reclamo final sea su muerte, la que, también, provocará negativamente nuestra vida. Que si las piedras hablaran, oiríamos claramente sus quejas pétreas, porque ya no reciben el baño cotidiano transparente, limpio y tranquilo que recibían hace sólo unas décadas atrás. Los animales, los seres vivos, todos tienen usufructo de la propiedad intelectual sobre los elementos: ellos también han hecho su lectura del papiro que los rodea, del pergamino abierto de la vida, porque ellos crean, laboran, y producen alimento y continuidad: equilibrio. Pero, igual, están sufriendo el descalabro que hemos logrado por medio de políticas, economías y actitudes que no riman con el azul del cielo, la claridad del agua o la transparencia del aire, ni con las leyes de derecho

ambiental que, ya estando vigentes, son ciertamente irrespetadas.

La basura habla muy mal de nosotros; es la peor enemiga del agua y de los seres, creada por nosotros mismos. Porque, en el mejor de los casos, la basura, residuo de los productos de superlativa calidad, es signo, señal de riqueza ida, pasada, de bienestar efímeropasado, de pobreza planetaria, de tierra zanjada y desvirtuada, de aire usurpado: dice que nosotros tomamos la herencia elemental del bienestar generalísimo para transformarlo en la herencia de la muerte en pedacitos huerfanitos. Porque, al final del ciclo económico, cuando todo yace en el basurero, las pretéritas marcas, los doblados modelos de utilidad, las deterioradas estructuras de utensilios y herramientas, los envases con coloraciones determinadas decolorados, los arrugados dibujos, los huequeados envases polipak, los inventos superados, las creatividades degeneradas, los juguetes desprotegidos y automóviles destartalados, las quietas llantas lisas y rotas, todo lo desechado, lo que ya no sirve para nada, sino sólo para destruir, ensuciar y envenenar, entonces, ¿quién se arrogará su pedacito de propiedad intelectual, quién responderá por lo que alguna vez le produjo intensos dividendos? Seguramente, nadie, por supuesto.

Sin embargo, el basurerío es un estigma de advertencia que puede hacernos recapacitar;

replantearnos una forma de actuar que rescate la vida y su conciencia. El nuevo milenio nos invita a entrar al revisionismo activo, nos ofrece la posibilidad de arreglarle el rostro al mundo, de embellecer sus mejillas y mojar sus escasas ramas empolvadas pero aún dueñas de la semilla de la continuación, si les damos licencia para vivir y desarrollarse, para que allí se solacen, también, las aves antes de emprender un nuevo vuelo hacia la tierra elemental y simple, puesto que ahora, el futuro con vida es un pedazo del pasado pasado que forzosamente, en buena lid, debemos revivir, resucitar. Permitir el ciclo biológico, eso es todo, la sonrisa en los labios infantiles que encuentren un suelo donde desplazarse sin temores, donde seguir asentando las células de la vida exentas de ollín y de desechos.

La naturaleza nos lo agradecerá, la naturaleza del hombre nos lo autoagradecerá; de ese modo, no quedaremos en el Libro de la Vida como los inútiles seres desaprovechadores de su regalo, sino, mejor, poder afirmar un día, ojalá cercano, que somos partícipes del brazo derecho de la creación, del proceso universal. Y que la Madre Tierra respire profundamente, con el fuego del amor, envolviéndola.

Sin poner gran atención, podemos observar que el campo de la música se hace dividir, para nuestra comprensión, en dos grandes estadios que corresponden, uno, al momento de la interpretación, a la música en sí, el mundo de los sonidos, a la expresión de lo contenido ya sea en la mente del artista directamente o, no siendo así, cuando ha sido esa mentalidad llevada al código escrito musical; y desde allí, igualmente interpretada, escuchada o recepcionada por terceros oyentes, quienes conforman, por supuesto, la audiencia de lo creado, de la creación artística. Por otra parte, el mundo del silencio sin el cual no podríamos distinguir lo escuchado, puesto que lo escuchado debe hacerse entre pausas más o menos alargadas para discriminar cada uno de los sonidos que, en una concatenación sistemática, da como resultado una obra, una canción, una pieza musical determinada y que, en sí, lleva un estilo, un

carácter tal dado por su creador, diferenciándose, si está bien propuesta, de las demás creaciones que a su alrededor se hayan llevado a cabo por otros creadores.

Todo lo antes dicho tiene el propósito de hacernos ver, diferenciar, dos grandes mundos, y el ejemplo de la música es perfectamente compatible con lo que vamos a exponer.

Consideremos que el mundo de la realidad tangible o realidad real, el mundo que vivimos cotidianamente, se nos presenta, en general, cargado de algún sonido o sonidos, no importa de qué índole o características, pudiendo ser los emitidos por la flora y la fauna de un bosque, por el sonido del viento y la arena en algún desierto, o por el barullo sin concierto de una ciudad, más o menos, *avanzada*. Entendemos, inmediatamente, que los seres humanos -quienes hemos creado este tipo de mundo- pertenecemos al ámbito del habla, al de la comunicación en muy diversas formas, y al mundo de la bulla, del escándalo: cuando nos apropiamos del espacio, creyéndolo muy nuestro, lo aturuzamos de sonidos incluso desagradables que llegan a perturbar a los vecinos de las inmediaciones; hoy, sería legalmente señalado como contaminación auditiva. Estamos en nuestro deber y en nuestro derecho natural de reclamarle al emisor de ese algo que no es compartido por la comunidad, y proponerle que elabore algo distinto que no atente contra el *orden* que ha sido

establecido por tradición, cultura o imposición, para que, de ese modo, se inserte, siendo aceptado plenamente, dentro de la sociedad sin causarle ningún tipo de disgusto a ella. Existe un sacrificio de pérdida de libertad al integrarse en comunidad: convivir exige cierta pérdida de libertad individual para favorecer el contrato social.

Aun cuando un artista se haya esforzado en la elaboración de una obra que él cree melodiosa, pudiera ser que su preparación sensible le engañe y, más bien, a los otros, resulte un zafarrancho arrítmico, una agrupación de sonidos mal dispuestos que atentan contra el *buen oír*, contra la armonía, o, en caso extremo, contra el gusto refinado de un arte determinado agradable para esa sociedad también determinada. Porque las sociedades conforman cromosomas donde cada uno de nosotros es un gen emisor, un impulso, que atiende su propia creación. Y su cuerpo total es nuestra manifestación, sana o enferma. Un gen, un individuo, es capaz de enfermar el todo corporal, llevar a la muerte a los otros que, como él, participan de esa corporalidad, cada cual con sus funciones dadas y que sistemáticamente cumplen un rol de vida, de desarrollo hacia cualquier fin.

De modo que, para evitar que se susciten actos que en la experiencia no comulgan con la mayoría de los miembros de una comunidad, se hace necesario establecer reglas, advertencias, o preceptivas que, una vez aprobadas por todos o la

mayoría, induzcan a ser respetadas o, al menos, tomadas en cuenta, tratando de que la vida en el planeta sea más agradable de lo que, hasta en ese preciso momento, había sido. Esto es, hacer leyes y, si alguien las transgrediera, hacer también que sean respetadas; por consiguiente, ejecutadas a través de una medida disciplinaria o castigo, para que, de alguna manera, el transgresor recapacite en su error o resarza en algo a la sociedad a la cual infligió el daño. Esta consideración no impide la iniciativa, la inventiva ni la novedad, cuando ellas mismas colaboren o ayuden al progreso o avance en el lugar donde emerja sin que agreda a sus semejantes.

Dentro de esta línea de pensamiento, podemos afirmar que la realidad real es el mundo de lo manifestado, el haz de todas las manifestaciones minerales, vegetales, animales y humanas que componen el *estado de cosas*; este es el universo de lo sonoro, de lo que emite ruidos, quejas, cantos, voces, susurros y ronquidos. Un mundo cuyas dimensiones hemos tratado de estipular a partir de nuestra propia observación muchas veces limitada, pero que sus resultados nos han conllevado a un conocimiento tal de él que nos ha permitido, según el grado de voluntad e interés, entenderlo, comprenderlo y hasta amarlo.

Y cuando no poseemos el conocimiento de alguna de sus partes, ha de embargarnos un sentimiento de respeto y tino, para no caer en el

papel, ya con demasiados actores, de destructivos. Que cuando conocemos las consecuencias y destruimos concientemente, caemos en la irresponsabilidad, la imbecilidad y la canallada; en delito que pudiera tornarse hasta criminal y cuyos resultados, entonces, serían irreversibles e irreparables.

El siglo que dejamos, el veinte, ha sido uno de los segmentos del hombre sobre la Tierra más revolucionarios; su volumen de cambios es casi inaudito y la velocidad con que ahora nos abalanzamos hacia el futuro es casi terrorífico. Está más que dicho el gran avance que se ha llevado a cabo en todos los campos del saber. Y, desde tiempos de la antigüedad griega, nuestro conocimiento de la cosmología, la física y la biología, es ahora, más que impresionante, una amenaza a la estabilidad humana si no actuamos con sabiduría y respeto.

Si echamos un vistazo a la historia de la tecnología de la aeronáutica con los miles de satélites enviados al espacio interestelar que, si bien es cierto ha aumentado nuestro saber acerca de la galaxia que habitamos, los diferentes planetas y estrellas y soles en ella, así como el conocimiento de las otras galaxias que casi suman dos millones, los huecos negros y cientos de circunstancias muy complejas, nos están llenando de basura cósmica y radioactividad; ejemplo de ello fue la caída de la famosa estación MIR, tras haber sido utilizada

durante quince años, su entrada a la Tierra fue como apreciar una lluvia de estrellas de hasta siete toneladas de peso algunas, sin una seguridad plena de cuál sería el lugar preciso en donde el hundimiento se iba a concretar (más de 1500 kilómetros entre las islas Fidji y Nueva Zelanda) en el mar Pacífico, contaminándolo hasta donde no tenemos idea, amén de las miles de especies marinas que agredió brutalmente. Los *sabios* escandalizan, también, a Poseidón: el mar enfurecido de verdad, pronto va a hacer que Ulises -nuestro enviado- irremediablemente zozobre.

En fisicomatemática, tenemos la teoría del caos, la teoría de sistemas, la teoría de los seis números de Martin Rees, los trabajos que se están realizando en el MIT sobre los microchips de agua (cloroformo) que harán de las computadoras verdaderos monstruos de velocidad informativa, haciendo más rápido el mundo en que nos desplazamos; y en biotecnología, llegar los científicos de las grandes potencias a dilucidar la secuenciación del genoma humano, vegetal y animal, la fecundación *in vitro* y la clonación y otras prácticas de las cuales no tenemos aún total certeza de sus consecuencias por extrañas y nuevas y por contener ellas mismas el germen del misterio del futuro del hombre, y no por miedo a la experimentación científica sino por el uso indiscriminado que, en algún momento de la historia, se les llegue a otorgar a esas prácticas;

debemos tener en cuenta también los estudios acerca del plasma que, en este momento, se antojan secreto de estado norteamericano, con un coterráneo a la cabeza, pero que, más bien, pareciera pertenecer a la nueva especie de globalización.

Debemos entender y sopesar la magnitud de la información de que disponemos y que seguirá aumentando día con día.

El asunto es hasta dónde vamos a llegar, cuál es el cometido del ser humano en estos aspectos y qué logrará: sabemos que los laboratoristas hablan de la cura de enfermedades a través de la manipulación genética, que la misma ha de traer grandes beneficios a la humanidad; pero, los pueblos, también, sospechan que esos grandes saltos estarán, como siempre, lejos del alcance de sus bolsillos, porque si actualmente visitar al dentista o al oftalmólogo es prohibitivo, imaginemos cuán cara será una operación de aquellas dimensiones para, por ejemplo, erradicar de un organismo el mal de Alzheimer o la diabetes.

Y lo que más asusta es la voluntad de los grandes laboratorios de patentar los procedimientos de localización de los genes y sus posibles funciones, y hasta los genes mismos como si fuesen su creación y no sólo su descubrimiento, haciendo posible una nueva casta sacerdotal dueña de la información vital, de la propiedad intelectual que -de ser posible-, por la vía de los tratados

internacionales, se apropiará del patrimonio humano generando, a unos pocos, cantidades soñadas de dinero; sirviendo, pues, la sabiduría natural para enriquecer a esa eventual casta, permitiendo que el abismo entre ricos y pobres sea cada vez más intolerable y produciendo, así, el malestar de los pueblos que de seguro han de caer en la rebeldía y el reclamo de sus derechos como habitantes planetarios, tan iguales como todos los demás, construyéndose, de ese modo, una nueva estructura social y política, y una nueva economía, que terminaría borrando el concepto -de por sí un tanto gastado- de democracia, lo cual, trascendentalmente, no va a ser tan grave como sí los nuevos conceptos del ser y de la nueva visión del mundo que tendrán que imponerse.

Es por lo anterior que se requiere, también, de mucha meditación y pensamiento objetivos, tratando de dilucidar cuál es el mundo que estamos creando para las generaciones futuras y es, precisamente, por lo que se hace necesaria la intervención de personas capacitadas para plantear los lineamientos de una bioética que defienda a las mayorías de la manipulación genética de que puedan ser objeto sin previa información y, por lo tanto, sin su consentimiento. De hecho, lo que los laboratorios han logrado, sean cuales sean esos logros, para bien o para mal, han sido conseguidos sin nuestro consentimiento. Es más que prueba para demostrar que los pueblos son

mayoría minoritaria frente a una minoría mayoritaria que toma las decisiones guiada sabe quién por cuál mano de qué ser poderoso.

A los pueblos sólo les queda comprar el periódico para enterarse de que el conocimiento del genoma humano está a las puertas. Nos dicen las noticias que conocen su secuenciación genética pero no muchas de las funciones que los genes ejercen ni de su íntima relación con las doscientas cincuenta proteínas de que dispone el organismo humano. Lo cierto es que la biotecnología, sus descubrimientos, su ingeniería, van más rápido que lo que podamos sospechar que con ella pueda suceder, dejando muy mal parada la intención de construir una bioética que controle porque no sabemos, técnicamente, qué es lo que hay que controlar, sino hasta que se dé. Esto significa que los laboratoristas llevan ventaja de acción y nadie puede medir las consecuencias. Esa bioética, debe, sin lugar a dudas, fundamentarse, entonces, en los principios del humanismo, en la base de los derechos humanos, en el derecho a la privacidad y a la intimidad de las personas.

La posición que expondré adelante se sentirá - más para un materialista neoliberal- como totalmente metafísica y romántica; posiblemente lo sea; pero, es evidente que todos tenemos el deber de expresar nuestras inquietudes en un mundo donde son pocos los que realmente tienen acceso a la información transparente y no oficial y

en donde el materialismo no nos deja ver más allá de nuestras narices. Es cierto, también, que no estamos en contra de la investigación y de la superación científica que despeja misterios llevando al hombre a dominar campos que antes tenía vedados; pero, lo estamos cuando lo que se intenta es superarnos o mejorar con dignidad. Sin embargo, no podemos guardar silencio ante lo que se está tramando, sino, más bien, dar soluciones o encender luces desde todas las rampas del saber para que el propio ser humano no se pierda en un mar informe, donde los más poderosos quieren seguir teniendo la batuta y dirigir la orquesta de los pueblos ignorados a la hora de acometer sus proyectos.

La inquisición ya no es religiosa sino política, económica y vital: es el santo oficio de lo insanto, la degradación de lo sagrado, el sacrificio de lo sacro, el espanto de lo sacrosanto. El templo del ser ha sido destemplado: el hombre se asoma al cromosoma con unos ojos ideológicos que podemos identificar, no detener.

Es aquí donde cabe el no silencio: desde el mundo de la comunicación sónica o imaginada debemos de alertar a nuestros conciudadanos si en algo tenemos dudas o resquemores. Nos encontramos frente a un deber: advertir y esgrimir nuestro derecho de opinión; incluso -porqué no-, desplegar sobre la mesa humana cualquier carta de alerta que nuestra intuición nos proponga.

En el campo de la biología saltan miles de signos de interrogación que ameritan respuestas cuidadosas, ahora; ocupamos intelectuales honestos que dediquen su cacumen a la confección de tesis lo más razonadas posibles que puedan ser conducidas a la práctica. Los ciudadanos del mundo requieren empaparse de qué está pasando en esa rama de la ciencia que hoy nos interesa a todos, puesto que al siglo veintiuno ya entramos enseñados de que si una mariposa se mueve en el Oriente puede producir una ventisca en Occidente: nuestra visión es total, nada escapa a la planetariedad; por más *rico* que un país se autoadjetive no puede hacer lo que le dé la gana; sus políticos deben entender que sus veredictos tocarán las puertas de todas las casas habitadas, sean cercanas, foráneas o extranjeras.

Dos mundos se mueven juntos siendo dimensionalmente disímiles: el mundo del ruido, al que pertenecemos los seres humanos provistos de cuerpos que hacemos moverse con nuestra voluntad en él, llevándolos a donde queramos si es que podemos querer; y, he aquí, el otro mundo, sin el cual la música no sería pensable: el mundo del silencio, el mundo interno del cuerpo, el mundo silencioso y callado del genoma humano. Ese que despliega, en la mayor quietud, su trabajo preciso y transcendente, el que ha hecho que la realidad sea y sea percibida por nuestros sentidos, lo que hace que algo sea diferente de lo demás, el esplendor de

la identidad individual. El universo micro que cumple sus leyes y maneja el sistema humano: lo microscópico como fina elaboración de un mundo desde cuyos tableros el hombre macro se mueve y que escapa a su radiación volitiva.

El silencio laborioso cuya actividad es inimaginable e inagotable; el que, incluso, más allá de la muerte, continúa su prédica: el papiro mágico, el testamento milenario de los seres vivos. Esa sociedad genética más avanzada que el hombre exterior mismo, más allá de los mundos increíbles de las termitas, hormigas y abejas que Maeterlinck soñara; ejerciendo sus funciones -espaldas adentro- del hombre que la posee por naturaleza y que, hasta hace poco, relativamente, desconocía. En sí, el ser humano la lleva y no la conoce; es su vehículo desconocedor. Sin embargo, ahora que cree -como cualquier religioso- conocer la figura, el silabario, el abc, la configuración, el código de ese dios que ahí se esconde, debajo de su piel, en la misma inquietud de su sangre roja, quiere, ya no sólo por curiosidad sino por seguir manifestando su complejo de superioridad ahora para consigo mismo, llegar con sus manos bulliciosas a tratar de desentrañar ese mundo silencioso y prohibido. No imagina el ser humano que, en el mejor de los casos, ese mundo es, concretamente, el paraíso perdido, el Edén, la residencia de Adán y Eva, de X y Y, donde se encuentra toda la historia de los seres. El gran Árbol Genealógico, es el gran salón

donde se han registrado todos los sucesos humanos. El árbol de la vida que soporta y guarda los frutos que la hacen posible, y que ahora el hombre desea entremeterse en su proceso, en su esencia, para, otra vez, deforestar, tomar, coger el fruto del Árbol de la Vida, comerse a sí mismo, y creer robar el conocimiento, como Prometeo el fuego de los dioses, y ser o sentirse más de lo que ya es, autotransformándose a su antojo, cambiando las directrices de la vida. La mejor prueba, esta vez, de nuestra succulenta ignorancia autodevoradora.

Posiblemente, en esta ocasión, nos *autoechemos*, nos exiliemos, de ese campo poblado animovegetal, de ese espacio edénico, por tocar con las manos sucias el Árbol Secreto, el Santo Grial, el archivo universal, el Arca, los recónditos arcanos, el charco primordial donde se submueven nuestras características originales, hélices adénicas, desoxirribonucleicas, núcleo, nudo, centro de operaciones del *mono desnudo*, como diría Octavio Paz.

Lo que está cubierto en el hombre, a él no le pertenece; no tiene ese título de propiedad: usufructuando, está simplemente extrañado de que unas pequeñas entidades -que no se parecen a su tamaño dimensional- lo manejen, le ordenen, le impongan totales condiciones ineludibles, sin la menor de las objeciones; tocan su ego de grandeza y eso, tampoco, puede soportarlo. Otra vez, tiene que ser él quien guíe los sucesos, quien maneje,

manipule las cosas del mundo y sus seres: esto es, verse en el espejo del tiempo; Narciso apreciándose en las aguas quietas de la laguna, enamorado de sí mismo, sin saber siquiera quién lo ha creado, buscando respuestas como en la génesis, como si en el espejo estuvieran representadas todas ellas y bien contestadas.

En sentido metafísico, mítico, mental y espiritual si se quiere, sí, la solución está en nosotros mismos, pero esa monosolución es para darles subsoluciones a los demás problemas que el hombre enfrentará. Pero: tocar el mapa genético y desviar sus ríos o cambiar de posición las montañas y cortar sus bosques trasplantándolos, será la perdición y desaparición del hombre sobre este planeta. Intentando llegar a la perfección física, carecer de enfermedades y *embellecermos* -que no está mal-, nos podemos encontrar con el desastre y su propia ruina, debida respuesta a la ambición que campea entre los individuos que ostentan el poder de hacer lo que no es correcto para la especie: ¿quién asumirá la responsabilidad de cuidar el noúmeno de la vida -como diría Kant-? ¿Quiénes establecerán las reglas de manejo? Porque, sin ser necesariamente cristiano, aquí se cometerán verdaderos pecados vitales, manchas capitales, que oscurecerán la tranquilidad del hombre en ese futuro promisorio de quimeras, donde, finalmente, no sabremos con qué tipo de seres compartiremos nuestros días que ya no serán, de por sí, gloriosos.

La ciencia ficción está pronto a colmarse de realidad: no acuñemos el verbo *mounstrear*. Hagamos de la ciencia algo generoso, que sus bondades se repartan libremente sobre la tierra; participemos en la creación de la felicidad general que caiga refrescante sobre todos los seres como la mejor de las lluvias benignas. Hagamos música agradable de la vida y respetemos el silencio que es su soporte, al igual que la genética es el bastión de la vida del hombre. Que los Derechos Humanos y del Genoma Humano no se hundan en una noche futura de los tiempos.

Claro, sería impresionante conocer la noche de los tiempos, nuestro pasado, todo lo que se resguarda en las bodegas profundas, al final del manto de ADN. Si ha de conocerse, debe hacerse con todo respeto y la debida consideración, con toda la mística que se le debe brindar al templo que posee el altar donde se encuentra la piedra filosofal, el estadio primero de la escalera vital, la raíz del árbol primigenio, quizás descubriendo las más primitivas células que han hecho posible nuestro ser y sus realidades. Si así lo hacemos, teniendo en cuenta en nuestras mentes a cada uno de los habitantes que navegamos en la nave Tierra, encontraremos y nos maravillaremos, y, ojalá, que lo que nos espera sean buenas y no nefastas sorpresas. Porque, señores, aquí el hombre no puede jugar al *homo ludens*. Por más jugueteón, curioso e hiperactivo que un niño sea, jamás abriría

sus venas para constatar por dónde corre su sangre.

Pues, no lleguemos a perturbar, indignamente, nuestro intrínseco y propio silencio, ese que nos mantiene vivos, esa meditación profunda que hace posible el abanico inconmesurable de nuestro estar, del ente; no escandalicemos torpemente la vida. Si hemos de agregar o quitar un instrumento a la orquesta vital, hagámoslo sin que la melodía desfallezca o se entristezca: dejemos que la música de la vida logre su camino propuesto. Acariciemos el Tao, no alfombremos despectivamente su naturaleza, su esencia, el Camino. No pavimentemos al extremo, supermodernos, la vida, la poca libre que nos queda.

Lo que debemos hacer nosotros es no ser tan mezquinos; debemos controlarnos y mejorar nuestros hábitos terrestres. No querramos ahora *arreglar* el mundo silencioso. Además de lo muy desarreglado y postrado en que tenemos el mundo macro y bullicioso, el fenoménico de discothèque, no empecemos a estropear ese ámbito que, por sagrado, se había ocultado, minúsculo, a través de los millones de años de la existencia, de los orgullosos hombres inescrupulosos.

Calladito ese espacio celular no quería ser develado, descubierto. Hacía su trabajo sin supervisión ajena, porque ajena se antoja la del hombre, tratando su mismidad con mucho atrevimiento: ahora va a querer tirar la piedra en la laguna genética para desdibujarse, para hacer

oleajes que deformen su figura. En lugar de conocerse a sí mismo, va a perturbarse, va a mover las aguas que lo reproducen y, quizás, más mal, logre no encontrarse, perderse.

Que si logramos encontrar los genes de la soberbia, la arrogancia y el egoísmo y los pudiéramos erradicar de esa gran microbitácora humana, sería lo más extraordinario que pudiera sucederle a la especie *homo sapiens sapiens*. Pero no va a ser así. Más bien, en los laboratorios, el hombre de cuello blanco, manipula -ostentando esos genes- las demás especies del planeta, terrestres, aéreas o acuáticas, encontrando mutantes y mezclas extravitales para lograr sus metas sobre todo en el mundo industrial y comercial. No sabemos quién les ha otorgado esos permisos: el poder económico de los países *desarrollados* sigue siendo la punta de lanza de la actuación impropia, muchas veces, de los científicos. El mundo de hoy, ha abandonado la tesis del humanismo, entendiéndolo por ello el tratamiento considerado que deba darse no sólo entre los seres humanos, que no son de por sí los seres más importantes del planeta -tal vez los más relevantes-, sino, también, para con los seres que cohabitan con nosotros. Porque ya sabemos, a todas luces, que todos los hombres y las mujeres desapareceríamos de la faz de la Tierra si las demás especies, como está ocurriendo -no lenta sino rápidamente-, lo hacen, y más aún si desaparece el

reino vegetal. Esa dependencia de los homínidos por lo vegetal y animal, los hace, a estos últimos, totalmente imprescindibles y, por lo tanto, merecen tanto respeto y cuidado como cualquier ser humano. No es banalidad que es un imperativo legislar, también, en el campo de los obtentores vegetales y en el ecológico-ambiental, en general.

La Organización Mundial de la Propiedad Intelectual, OMPI, tiene, entre sus manos, la inmensa responsabilidad de fiscalizar el movimiento científico en todo el orbe. Hay allí gente de mucho peso y con una clara visión de lo que todo este planteamiento significa. Pero, más cerca, los gobiernos de cada país deben vigilar y velar legalmente en sus códigos, deben legislar apropiadamente y evitar que situaciones engorrosas en los campos más sensibles, se afinquen en sus estados, con la consiguiente perturbación social que aquello pueda acarrear.

Estamos frente a los últimos llamados: el nuestro es uno más dentro del ámbito del genoma humano. Pero, además, el grito de desesperación de los árboles es ensordecedor y se manifiesta en la serie incontenible de desastres naturales, climáticos, que estamos padeciendo; el mar ruge y, otra vez, si las piedras y las aves hablaran, lo harían al unísono con el único ruego: salvemos la Tierra, la casa del *dominus*, del señor, del dominador, quien no ha podido, siquiera, dominar su propio ímpetu dominador. Desgraciadamente, los políticos y

organizaciones mundiales, quienes deben tomar la gran decisión, no lo han hecho; se tornan vacilantes esperando no sé qué, cuando el suelo no está parejo y el horizonte decidor. Y viendo que el efecto invernadero se hace cada vez más patente y el clima más feroz, países poderosos como los Estados Unidos de América, desoyen los ruegos de otros terrícolas y ni siquiera firman el Protocolo de Kioto ni intentan detener el suicidio final en masa, engegucidos por intereses materiales que, al fin y al cabo, no se llevarán a sus tumbas multitudinarias.

El silencio no gritará, el genoma guardará silencio tal Cuauhtémoc sobre la hoguera, pero ni el ruido más perturbador que pueda ser creado, será más contundente en su respuesta final, definitiva. Para entonces, se hará el total silencio, derramado oceánica, atmosféricamente, sobre la faz de la Tierra.